

PUNTO ROJO

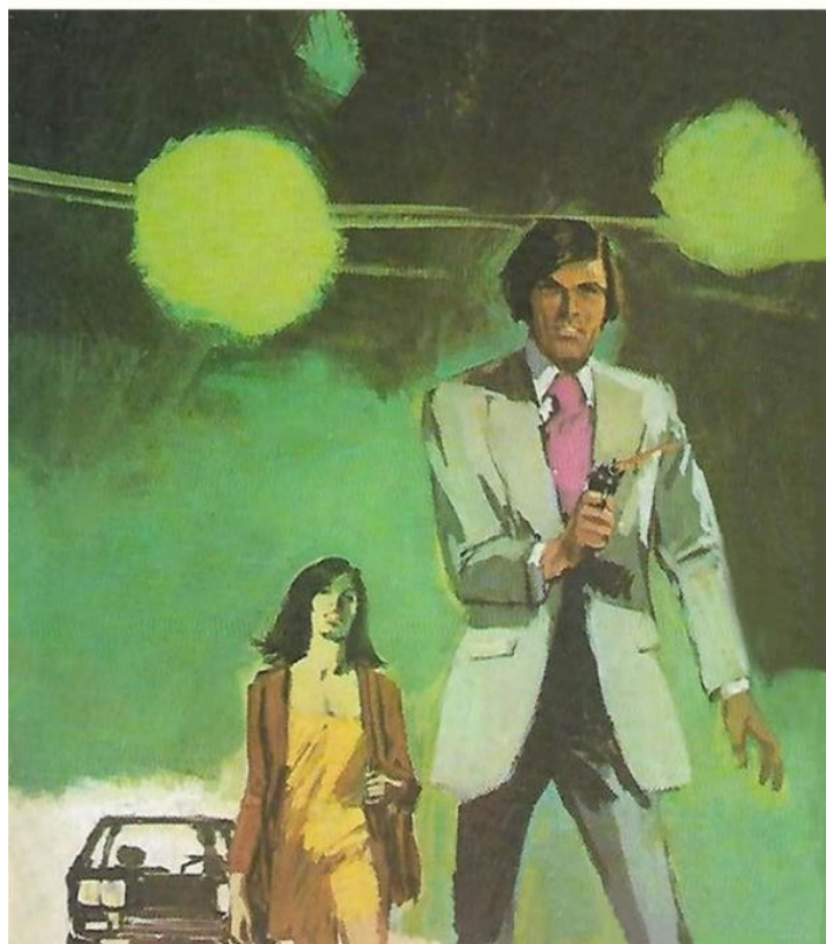
BRU
GUE
RA

BOLSILIBROS

 POLICIACO

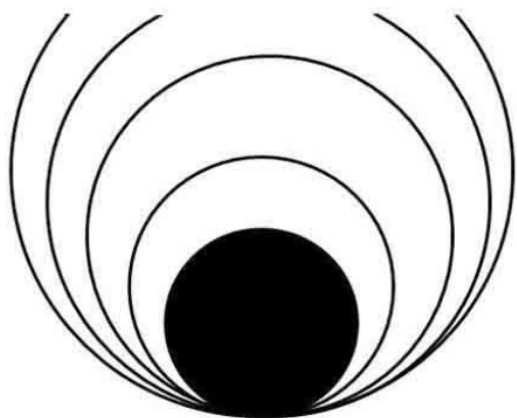
PAUL Y LAS PROTECTORAS

Kelltom McIntire



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BRAVO OESTE:
483 — La pista de los cien mil.
- En Colección PUNTO ROJO:
1.099 — Dinamita pura.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.714 — Brindis por la muerte.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
988 — Pasaporte al más allá.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
170 — Trampa en Apache Creek.
- En Colección COLORADO:
949 — Whisky caliente.
- En Colección KANSAS:
1.308 — Los amortajadores de Partsonville.
- En Colección CALIFORNIA:
1.396 — Tras las huellas de Wallerton.



PUNTO ROJO



KELLTOM McINTIRE

PAUL Y LAS PROTECTORAS

Colección PUNTO ROJO n.º 1.107
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 18.355-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1983
2.ª edición en América: enero, 1984

© Kelltom McIntire - 1983
texto

© Desiló - 1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Nadine se marchó cerrando de un portazo que hizo estremecer los delgados tabiques de mi sucio apartamento.

Nadine no se llama Nadine. En realidad, su nombre completo es Edna Brown, pero ella se hace llamar Nadine Dubrunes porque suena muy francés. Y Nadine cree que una prostituta francesa obtiene mucho más éxito en un país como el nuestro, tan ansioso de novedades europeas. Pero ella sólo sabía pronunciar una docena de frases en francés.

Nadine acababa de marcharse después de llamarme piojoso, sanguijuela, sablista y rufián.

Bien. En los últimos tiempos algunas personas han venido llamándome cosas aún peores.

Nadine y yo habíamos mantenido hasta entonces una pequeña *liaison*. Ella prefería llamar así a lo que no era otra cosa que una sucesión de intercambios sexuales. Allá ella.

Había llegado en el momento oportuno; poco después de que míster Grisby me diera su ultimátum: o pagaba los doscientos dólares que le debía por el alquiler del tabuco donde me encontraba o tendría que ir a dormir a un albergue de caridad a principios de semana. Como estábamos a sábado, el administrador de aquellos apartamentos no me dejaba un largo plazo para la esperanza.

Nadine había venido a pedirme que le devolviera *su* dinero. En honor a la verdad, no me lo pidió, sino que me lo *exigió*.

—Usted es un tipo absurdo, irreal —me había dicho Harold Dimple dos años atrás—. Usted fracasará allá donde vaya, Falkney.

Dimple era el director de personal de la empresa en que yo trabajaba entonces, la poderosa constructora

O'Larney

Enterprises Company.

También Dimple era poderoso. Y temible.

Me había dirigido aquel par de frasecitas poco antes de hacerme firmar el documento que ponía fin a mi contrato como arquitecto-director de obras de la Compañía

O'Larney

Yo respondí a su sermón con un poco ortodoxo:

—Váyase a la mierda, Dimple. Me alegro de no tener que volver a ver su jeta de oso hormiguero.

Fue una forma magistral de rematar el asunto.

—Usted sí se cubrirá de mierda, Falkney —bramó con voz contenida—. Despídase de sus esperanzas de encontrar trabajo en otra empresa de construcción: todas le romperán la puerta en las narices.

Probablemente, Dimple tenía toda la razón del mundo: yo era un ser absurdo, una criatura de otro mundo.

Donde todos ocultaban los trapos sucios, donde los demás sonreían aduladores, donde los otros tragaban sapos malolientes con tal de llenar sus bolsillos de dólares, yo cometía la estupidez de denunciar a la compañía

O'Larney

por irregularidades profesionales y administrativas.

Y total, ¿para qué? La compañía contaba con los mejores abogados, expertos leguleyos especializados en buscar los mil recovecos de la ley, especialistas en sobornos y extorsiones. No me extrañó demasiado que mi denuncia fuera traspapelada y olvidada.

Con Nadine me había ocurrido otro tanto: yo mismo había echado a perder nuestra relación.

Como ella acababa de espetarme aquella misma tarde:

—No hay bicho más desagradecido que un cerdo con el estómago lleno de pitanza.

A Nadine la conocí en un bar de Lower Street. Me confundí lamentablemente: fiándome por su elegante indumentaria y sus ingenuas facciones, la tomé por una señorita en apuros: un individuo de barba cerdosa y ojos acuosos le había arrebatado el bolso y lo estaba registrando descaradamente. El tipo encontró un fajito de billetes y se lo guardó rápidamente en el bolsillo, tras lo cual arrojó el bolso al rostro de Nadine.

Aquel hombre estaba borracho, era evidente, Y la gentuza que llenaba el bar no parecía muy dispuesta a ayudar a una muchacha en apuros.

Me acerqué al fornido individuo, le agarré por el cuello de su chaquetón de nilón y le pegué fuerte en la mandíbula. El hombre se vino abajo y cayó pesadamente sobre el serrín húmedo que servía para disimular los escupitajos.

No olvidaré nunca la mirada que Nadine me dirigió: sus ojos brillaban llenos de admiración y sus húmedos labios temblaban. Se diría, a juzgar por su expresión, que se sentía traspasada de ternura, de asombro y de agradecimiento.

Me incliné, registré al hombre inconsciente y le devolví el dinero a Nadine.

Ahora comprendo que ella me tomó por uno de esos «protectores» de mujeres de vida alegre.

Por desgracia, yo no conocía el ambiente y de ahí mi error.

Temiendo que el agresor de Nadine tuviera compinches dentro del bar, la tomé por un brazo y la saqué de allí. Pero los clientes no me dedicaron la menor atención.

Debí pensar entonces que una mujer decente jamás frecuentaría los tugurios de la calle Lower. Pero en aquel momento yo tenía los ojos llenos de la imagen anhelante de Nadine, del brillo de sus ojos admirados y húmedos, del leve jadeo que brotaba a través de sus frescos labios.

No es que me creyese un héroe ni mucho menos. Sencillamente: Nadine me había cegado en pocos instantes.

Ya en la calle, nos alejamos aprisa y no paramos hasta detenernos en el cruce de Landers Avenue.

La miré.

—¿Dónde vive? ¿Quiere que la lleve a algún sitio? —dije.

Era una baladronada audaz, pues ni siquiera podía permitirme el lujo de tomar un taxi. La noche anterior había dormido en el Albergue Taylor para Indigentes y en mi bolsillo no había más que dos billetes de un dólar.

Nadine dijo que se alojaba en el Langston, un hotel de segunda categoría, situado a tres manzanas de distancia.

—Caminemos —propuso—. Está cerca.

Y yo disimulé un suspiro de alivio.

Me dirigió varias miradas de soslayo, mientras caminábamos Landers Avenue adelante. Supuse que estaba examinando detenidamente mi vieja gabardina, mi suéter descolorido y mis botas de baloncesto, poco apropiadas evidentemente para caminar en una noche desapacible y lluviosa.

Pero me concedió el privilegio de caminar muy apretada a mí, como si aún se sintiera asustada. (No tardé en averiguar que Nadine no se asustaba por cualquier cosa y que el dinero que el tipo del bar había sacado de su bolso no pertenecía a Nadine, sino al joven — hermano del barbudo— que media hora antes había compartido un lecho de alquiler con la mujer que ahora caminaba junto a mí).

Era una mujer muy atractiva y ella lo sabía. Pero el color de sus cabellos era tan artificial como su afrancesado nombre, aunque Nadine, para convencer plenamente a los incautos, se hacía teñir también las cejas, ¡as pestañas e incluso el rizado vello del pubis.

Yo me sentía a gusto caminando prietamente junto a ella, sintiendo los rítmicos embates de su redonda cadera contra mi muslo. Me sentía desgraciado, necesitaba compañía con la que paliar mi soledad. Compañía femenina, sobre todo, que en esta ciudad no es fácil obtener sino a cambio de dólares. (Aunque algunas alegres mujercitas que conozco admiten de buena gana los cheques de viajeros e incluso las extendidas tarjetas de crédito).

Nadine tenía un aspecto espléndido: un ajustado abrigo de cuero auténtico, medias color humo y zapatos de ante, de tacón muy alto, la hacían parecer distinguida, juvenil y esbelta. Un mechón de cabellos rubios se agitaba rebelde sobre su fina frente al caminar, y de vez en cuando se chupaba golosamente el labio inferior.

Al fin, llegamos ante la fachada del hotel Langston. Nos detuvimos al unísono. Eran las doce en punto. Pocos vehículos circulaban por la avenida, pero aún eran más escasos los viandantes en aquella noche fría y húmeda, que invitaba a cada cual a recogerse en un lugar cálido, luminoso y confortable.

Me hubiera gustado invitarla a una copa antes de despedimos. Y estoy seguro de que ella hubiera aceptado, aunque sólo fuera como agradecimiento a que yo había salido en su defensa. Pero mis dos dólares, arrugados en el fondo del bolsillo de tanto manosearlos, suponían un obstáculo infranqueable.

Al unísono también, nos volvimos y dijimos:

—Bien...

Y nos echamos a reír a carcajadas.

Mis ojos se clavaron en sus labios carnosos, en sus dientes blancos y regulares, en su lengua rosada y tragué saliva, sintiéndome más impotente, amargado y solitario que nunca.

Ella dejó de reír y me miró a su vez, sin prisas.

—Bien, señor, ¿cuál es su nombre?

—Falkney, Paul Falkney —dije.

—Se ha portado muy bien conmigo, liberándome de aquel salvaje ratero. No me gustaría despedirme tan bruscamente del hombre que intervino con tanta oportunidad en mi favor. ¿Qué podría hacer yo? —Se chupeteaba con un gesto excitante el labio superior, húmedo y carnosos, gordezuelo—. ¿Aceptaría una copa en mi habitación? En el Langston no son demasiado exigentes.

¿Qué más podía desear yo en aquellos momentos? Ya habían pasado las once y las puertas del Albergue Taylor estarían cerradas. Pasar la noche me ofrecía dos alternativas, a cual más desagradable: saltar la verja del West Park y dormir en uno de los invernaderos o escurrirme por las escaleras del Metro y disputar un rincón a los mendigos que allí solían alojarse.

—Hace frío —respondí, disimulando mi júbilo interior—. Un trago de algo fuerte me sentaría bien antes de volver a casa.

Entramos.

El portero de noche me dirigió una mirada penetrante, pero Nadine dijo: «Es un amigo» y el hombretón de uniforme me dejó pasar.

Tres minutos después nos encontrábamos en la cálida *suite* que ocupaba mi arrogante compañera. Mientras ella se despojaba de su abrigo de trescientos dólares, me dejé caer en el diván y extendí las piernas.

Me sentía muy intrigado respecto a la identidad de la joven mujer que me había invitado a tomar una copa en sus habitaciones.

Ella había prodigado algunas frases en francés. Había dicho al conserje: *La cié vous plait s'il*

. Y después: *Merci beaucoup* al recoger la llave. E incluso: *Bon soir, Andy*, al botones que se cruzó con nosotros cuando nos dirigíamos al ascensor.

Pero yo había viajado frecuentemente a Francia, por motivos profesionales, e incluso me expresaba medianamente en francés. Ello me bastaba para averiguar que Nadine no era francesa. ¿Por qué, entonces, el caprichito de prodigar constantes frases en francés? Sin el abrigo, su físico era aún más impresionante. Era de mediana estatura, delgada, pero muy proporcionada, con dosis considerables de redondeces allí donde una mujer atractiva debe tenerlas.

Bajo el abrigo llevaba un vestido de tricot color azul claro que armonizaba perfectamente con sus sedosos cabellos rubios. Tenía una figura admirable y sugestiva, y mis ojos no se cansaban de mirarla.

Ella debió captar la intensidad de mi mirada, pues rió alegremente y bromeó:

—*Oh la la! Vous pensez: voilà une filie charmante, -ce pas n'est*

? —Y tradujo, complacida—: Está usted pensando: ésta sí que es una chica encantadora.

—*Mais oui, mademoiselle. Charmante...? Non, simplement merveilleuse!* —respondí con sinceridad.

Nadine me miró, asombrada.

—Pero... ¡usted también habla francés! Y con excelente acento, por cierto —exclamó, todavía desconcertada.

Le hablé de mi profesión anterior y de mis constantes viajes a través de Europa. Y su estupefacción creció considerablemente.

—Celebrémoslo con una copa —propuso, quizá para disimular su sorpresa y su zozobra, muy evidentes.

Acepté encantado una copa de coñac y ella se sirvió un *whisky* solo.

Luego sacó cigarrillos y fumamos. Se sentó frente a mí, cruzó su maravilloso par de piernas y me miró como si acabase de hablar un fragante nardo en medio de un estercolero.

—Así que usted es arquitecto, Paul —dijo, pronunciando las palabras con lentitud.

Saqué de un bolsillo mi documentación y se la mostré. Nadine examinó con avidez los documentos y me los devolvió.

—*Pardon* —se excusó—. Disculpe mi desconcierto. Por favor, no se ofenda, pero la verdad es que sus ropas no se corresponden con...

—... con el atuendo que cabría esperar en un joven arquitecto — terminé—. Bueno, atravieso un mal momento. Sin embargo, espero que las cosas cambien muy pronto —aseguré dignamente.

Nadine asintió prudentemente.

—Claro que sí. Usted, Paul, parece un hombre muy preparado y decidido. Su suerte cambiará pronto, estoy segura —dijo.

Sin transición, se incorporó y añadió:

—¿Por qué no se queda un rato más? Pediré una cena fiambre y una botella de vino. ¿Le parece bien?

Me parecía maravilloso y providencial. Porque con mis dos dólares en el bolsillo yo disponía de otras dos alternativas: comer un par de salchichas en un *snak* o beberme dos copas de coñac de garrafón para calentar mi cuerpo antes de optar por los húmedos pasillos del Metro o por el invernadero.

De todas formas, no me pareció correcto aceptar a las primeras de cambio.

Y dije:

—¿No le causaré molestias con el personal del hotel?

—¡Por supuesto que no! —arrugó el hociquito encantadoramente y añadió en tono confidencial—: Al fin y al cabo, los clientes tenemos derecho a ciertas concesiones, ¿no es cierto?

Marchó contoneando levemente las caderas y habló brevemente por teléfono. Cuando volvió tenía una sonrisa picara en los labios.

—Ya está —exclamó—. Naturalmente, los camareros sospechan que tengo un invitado, pues cuando ceno sola jamás encargo tanta comida. Pero ¿qué importa eso?

Tomó su cigarrillo del cenicero, se sentó y me miró de hito en hito.

—¿No quiere quitarse la gabardina? Démela, por favor: se encontrará más cómodo.

Me despojé a regañadientes de aquella prenda, no porque la temperatura de la *suite* fuera destemplada, sino porque debajo de la gabardina sólo llevaba aquel suéter desgastado de color gris y unos extemporáneos pantalones veraniegos. Pero ella tomó mi ropa sin reparar en lo humilde de mi vestimenta.

Mientras Nadine volvía, me serví otra copa de coñac. Me sentía intrigado respecto a la identidad de mi anfitriona. A juzgar por su aspecto, tanto podría tratarse de una joven starlette como de una

modelo de alta costura, una corista o incluso una secretaria de dirección.

En ese momento llamaron discretamente a la puerta y Nadine corrió a abrir. Oí que cambiaba unas palabras con el camarero y luego se cerró la puerta de nuevo. Nadine vino hacia la mesa arrastrando un carrito cargado de fragantes manjares, dos botellas de vino e incluso una de champaña.

Le bastaron unos pocos minutos para preparar la mesa. Llenó las copas de vino y propuso un brindis:

—Por nuestro encuentro, Paul. Y por nosotros.

Chocamos las copas y bebimos. Yo me sentía tontamente emocionado, pero dichoso de poder compartir una cena succulenta en compañía de aquella joven tan hermosa. Mientras comíamos, ella no dejó de charlar ni un momento. En realidad, Nadine apenas probó bocado «Es por la línea», se excusó, pero sí hizo honor al vino y al champaña. En cuanto a mí, llevaba tanto tiempo sin disfrutar de aquellos manjares, que no me tomé un descanso hasta que los platos estuvieron vacíos.

Nadine me miró entonces, chispeantes los ojos por efecto del vino.

—¡Excelente! —exclamó—. Me encanta ver comer a un hombre que demuestra tan magnífico apetito. Las personas que demuestran tal apetito son personas rebosantes de salud... Y ahora retiraré estos platos y serviré el champaña. Entretanto, usted, Paul, puede conectar el televisor.

Hice lo que me pedía y encendí un cigarrillo. Me sentía como en la gloria, pero ¿hasta cuándo duraría aquello?

Nadine dijo que iba a ponerse «algo cómodo» y se alejó hacia la alcoba. Comencé a excitarme. Además, por curiosa coincidencia, en la pantalla del televisor a color aparecieron las ardientes imágenes de la película *Enmanuelle*.

Nadine volvió enseguida. Vestía un suntuoso salto de cama de color azul, tan transparente que permitía contemplar sin esfuerzos sus diminutas prendas íntimas. Cuando ella se sentó a mi lado en el diván y se apretó cálidamente, comprendí que al menos por aquella noche no tendría que preocuparme en buscar un refugio para dormir.

CAPÍTULO II

Desperté muy temprano, como consecuencia de mi inveterada costumbre de madrugar. Costumbre impuesta, pues en el Metro, en los parques públicos y en los refugios de caridad no permiten que los miserables sujetos como yo se queden entre las sábanas hasta avanzadas horas del día.

Al despertar, di un respingo de sobresalto. El entorno en el que me hallaba no me resultaba familiar. Pero una mano fina y tibia acarició mi pecho y unas piernas femeninas se entrelazaron con las mías.

—Duerme, *mon petit lapin* —susurró mimosamente Nadine—. Todavía no ha amanecido.

—¿Dormir? ¿Cómo quieres que duerma *así*? —respondí, pues ella estaba acariciándome tan íntimamente que experimenté una súbita erección.

—¿Desvelado, *mon amour*? —se burló Nadine, riendo entre las sábanas—. *Tres bien*: aprovechemos tu insomnio.

Cabalgó sobre mí y me dio un mordisquito en el cuello que me enfebreció. Apenas tuve que dejarme llevar por su frenético vaivén, pues Nadine había tomado la iniciativa y demostraba un ardor fuera de lo común. Voluptuosas oleadas recorrieron mi piel y luego, gloriosamente, ambos alcanzamos el éxtasis en medio de jadeos, murmullos ahogados y grititos de placer por parte de Nadine.

Abrazados como estábamos, la bestia del deseo complacida, nos dejamos dormir dulcemente hasta el mediodía.

Quando desperté, me encontraba solo en el amplio lecho. Me puse de pie, me cubrí con una sábana y fui a la ventana.

Descorrí las cortinas, alcé las persianas y comprobé que durante la noche había caído una gran nevada sobre la ciudad.

No circulaban muchos automóviles a lo largo de Landers Avenue. Una máquina quitanieves de obras públicas se afanaba en

despejar la calzada.

Todavía estaba contemplando absorto el siempre atractivo panorama de la ciudad nevada cuando entró Nadine. Cubría su desnudez con una gran toalla de baño y tenía un aspecto admirable, con los rubios cabellos húmedos y el rostro fresco y sonrosado.

—Te he preparado el baño, *mon cher* Paul. Ve —dijo.

Me besó en los labios con insólita avidez, murmuró un entrecortado «Gracias, gracias» y me empujó hacia el cuarto de baño.

Permanecí media hora en el agua tibia y perfumada. Y suspiré, desolado.

«Lástima —pensé—. Tendré que despedirme enseguida».

Nadine había sido un regalo del cielo para mí. Desgraciadamente, todas las cosas buenas de este mundo se acaban y yo tendría que marcharme: no me parecía correcto abusar de la hospitalidad que me había ofrecido aquella encantadora criatura.

A regañadientes, pues, salí del agua y me sequé con una gran toalla esponjosa que exhalaba un suave y agradabilísimo aroma.

—¿Quieres traermi mi ropa? —pedí a Nadine, entreabierta la puerta.

Oí sus pasos. Un momento después tenía en mis manos un brazado de ropa... nueva. Excelentes prendas interiores, calcetines nuevos de hilo, un traje de lanilla a cuadros muy atractivos, zapatos espejeantes, impecables.

—Pero... ¿qué significa esto? —exclamé, atónito.

Nadine me miró, radiante.

—Imagínate que Papá Noel ha llegado un mes antes de lo previsto, sin olvidarse de un caballero llamado Paul Falkney —exclamó, expectante.

Con el brazado de ropa en ambas manos, la toalla se escurrió sobre mis muslos, lo que provocó unas risitas por parte de Nadine.

—¿Quieres... quieres decir que has comprado todo esto para mí? —protesté, inoportunamente indignado.

—¿Es que no te gustan esas prendas? —exclamó, compungida.

—¡Por supuesto que me gustan! —respondí—. Pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—No estaría... bien —dije, turbado.

Entonces me miró con severidad, señalándome con un dedo acusador.

—Lo que no está bien es que un hombre tan importante como tú ande por ahí ataviado con ropas de indigente —respondió—. Ya que no quieres aceptarlo como un regalo prenavideño, considéralo un préstamo. He gastado unos centenares de dólares en esas compras. Pues bien: me devolverás el dinero cuando tu suerte cambie,¿

d'accord

?

¿Qué podía hacer? La verdad es que odiaba mis ropas gastadas y fuera de lugar. Instintivamente, mis dedos acariciaban la suavidad del tejido de aquella magnífica chaqueta. Formaba parte de un traje *prêt-à-porter*, aunque de excepcional calidad.

—De acuerdo: te devolveré lo que has gastado en cuanto mi suerte cambie —respondí. Y ella sonrió encantadoramente.

Sin embargo, aceptar aquellas ropas no era sino una prueba de cinismo por mi parte, puesto que yo estaba seguro de que mi suerte no iba a cambiar en fecha próxima. Llevaba ya dos largos años peregrinando de oficina en oficina, de puerta en puerta, mendigando un empleo. Y todo había sido inútil. Harold Dimple me había colocado en la «lista negra» y aquello era peor que una maldición.

Me vestí y me peiné cuidadosamente. Me contemplé un momento en el gran espejo de cuerpo entero y salí.

En el salón, Nadine se me quedó mirando con asombro y admiración.

—¡Paul, estás elegantísimo! —exclamó.

Me pavoneé, di unas vueltas sobre mí mismo y evolucioné de un extremo a otro del confortable salón de la *suite*.

—Otros con peor figura que tú triunfan en el cine —me alabó, rendidamente—. ¿Sabes que eres un hombre muy apuesto?

Vino hacia mí, me abrazó prietamente y me besó fugazmente en los labios.

—Y además, *un expert amant*, un hombre de los pies a la cabeza —susurró a mi oído.

Debería sentirme envanecido, pero la verdad era que me sentía muy turbado por sus alabanzas que, por lo demás, parecían muy sinceras.

Ella también tenía un aspecto verdaderamente atractivo, con sus botas altas de cuero crudo de altísimos tacones que casi nivelaban su estatura con la mía, un abrigo de renard gris y un precioso *foulard* al cuello.

—Salgamos a ver la nieve —propuso entusiasmada—. *Oh la blanche neige!* Las primeras nevadas despiertan siempre en mi idéntico júbilo. ¿No es maravilloso, querido Paul?

Asentí, todavía turbado. ¿Qué pensarían de mí los empleados del hotel, al verme descender en compañía de mi esplendorosa muchacha? Todos sabrían a aquellas alturas que yo había pasado la noche en su *suite*...

Nadine debió adivinar mis pensamientos, porque dijo:

—He llamado a la conserjería y todo está arreglado. He dicho una pequeña mentira: tú eres mi esposo, el señor Paul Falkney y a partir de ahora yo soy la joven señora Falkney.

¿Te molesta?

—Pero ¿por qué todo esto? —pregunté, muy incómodo.

—Porque me he enamorado de ti —respondió con voz cálida, mirándome con hechicera insistencia.

—Vamos, vamos, nadie se enamora en unas pocas horas —traté de bromear, aunque mi nerviosismo iba en aumento.

—¿Quién puede precisar el momento en que surge el amor? —respondió ella—. Yo sé que te quiero y eso me basta.

No supe qué responder. En realidad, ¿no debería dar gracias al cielo, que me deparaba de improviso la admiración y el afecto de una mujer tan atrayente como Nadine?

—Pero no puedo aceptar tu... tu protección —protesté—. No está bien visto que una mujer sufrague los gastos de un hombre. No es...

—Calla. Ya te he dicho que lo he arreglado todo. Vivirás conmigo en el hotel Langston. Además, no hago esto desinteresadamente. Necesito una especie de secretario-guardaespaldas. Y creo que lo he encontrado: tú.

—Pero...

—Hablaremos más tarde. Ahora, salgamos —decidió, tomándome por el brazo y empujándome con energía hacia la puerta.

Al cruzar el vestíbulo del hotel, el recepcionista nos saludó con

una leve inclinación de cabeza.

Ya en la calle, una ráfaga de viento gélido me obligó a estremecerme. Nadine me oprimió el brazo y se apretó contra mí.

—¡Pobrecito! He olvidado comprar alguna prenda de abrigo para ti. Hace demasiado frío, ¿verdad? Pero no te preocupes: después del almuerzo haremos una visita a los grandes almacenes y seleccionaremos algo que sirva para protegerte del frío adecuadamente.

Protesté. Nadine se había gastado ya demasiado dinero en mi persona y yo no estaba muy seguro de poder devolverle aquel dinero en un plazo prudencial, pero ella me hizo callar con un gesto.

Caminábamos muy juntos por la acera cubierta de nieve sucia, procurando no resbalar. El viento del norte soplabla con furia y endurecía el fango helado peligrosamente.

Advertí que Nadine acentuaba su «toque francés» hasta el límite: quince minutos más tarde penetrábamos en el acogedor ambiente de Chez Duand, un restaurante francés situado en Fleet Street. Allí debían conocer muy bien a mi acompañante pues, aunque el local estaba lleno a rebosar, Nadine hizo una disimulada seña a un camarero y poco después ocupábamos una mesa junto al ventanal, a través del cual se divisaba el atractivo panorama del West Park con sus abetos cubiertos de nieve.

El camarero nos trajo dos martinis muy secos mientras Nadine echaba una ojeada a la carta. Los gustos gastronómicos de mi compañera eran sofisticados: pidió un cóctel de mariscos, blinis y perdiz *au rhum*. Yo pedí lo mismo.

Mientras paladeaba mi martini, decidí que había llegado el momento de hacer ciertas preguntas a Nadine. Hasta aquel momento yo no sabía nada acerca de ella. Pero mi discreción también tenía un límite.

—Dijiste que necesitabas un secretario-guardaespaldas —comenté—. ¿Sería demasiado preguntarte a qué te dedicas?

—¡Oh, no, querido! —respondió, divertida—. Mi negocio son las *public relations*. En realidad, trabajo para una compañía de inversiones. A veces los clientes de mi empresa me confían cantidades importantes y ésta es la razón de que necesite sentirme protegida por un hombre robusto como tú.

—Pero existen en esta ciudad numerosas empresas de seguridad, con agentes especializados que podrían darte escolta —aduje.

—Es cierto, pero yo te prefiero a ti —respondió Nadine. Y aquella frase zanjó la cuestión.

Le hice algunas discretas preguntas respecto a aquella compañía de inversiones para la que Nadine decía trabajar. Pero ella me dio unas explicaciones hartó confusas.

—Discúlpame, querido —añadió a modo de excusa—, pero no estoy autorizada a divulgar los secretos de mi empresa. Lo comprendes, ¿verdad?

Llegó el camarero con el cóctel de mariscos y una botella de jerez frío. A Nadine le encantaban los mariscos y a mí me gustaba el jerez, del que apenas quedaba un dedo cuando volvió el camarero con los succulentos blinis.

—Bien —dije, cuando volvimos a estar solos—. ¿En qué consistirá mi trabajo?

—¡Oh, nada del otro mundo! —respondió ella—. Atenderás mi correspondencia y conducirás mi coche. Y, sobre todo, te cuidarás de mi seguridad.

—Lo haré encantado —prometí—. Te estoy agradecido, Nadine —di suelta a mis sentimientos—. Anoche yo no era otra cosa que un mísero desaharrapado, un vagabundo indigente con dos dólares en el bolsillo. Ahora...

—Calla. Un hombre como tú se merece algo más que un camastro en el Albergue Taylor para Indigentes. Te dije que tu suerte cambiaría muy pronto. Y así ha sido.

Yo no encontraba palabras suficientemente expresivas para demostrarle mi reconocimiento, por lo que tomé su mano y la besé emocionado.

—Nunca olvidaré todo lo que estás haciendo por mí —murmuré, turbado.

—¡Tonto! —exclamó ella, mimosa—. Me siento orgullosa de tenerte a mi lado.

Pidió una botella de vino tinto *beaujolais* para acompañar las deliciosas perdices *au rhum*. Después ella tomó flan y llegó el café y el coñac francés.

Apenas podía creerlo, pero era tan cierto como la luz del día. Ya no tendría que pasar estrecheces, ni remendar mis ropas a

escondidas, ni hacer el pedigueño en el Metro con un cartelito colgado del cuello, ni implorar un camastro en los albergues de caridad. Todo era demasiado bueno para que fuera cierto. Pero lo era, evidentemente. Tan real como la sonrisa de Nadine, que reía continuamente tras las continuas libaciones.

Palidecí cuando llegó el camarero y dejó una bandeja con la nota. Yo sólo tenía dos dólares y el importe de la cuenta era de treinta y dos. Tendría que pasar por la vergüenza de que Nadine pagase.

Pero ella sonrió encantadoramente y comentó:

—Puse tu billetero en el bolsillo interior de tu chaqueta, querido. Ah, no olvides añadir un generoso *pourboire* para Gaston. ¡Es mi camarero preferido!

Vacilé, desconcertado. ¿Se burlaba de mí?

Instintivamente, introduje mi mano izquierda en el bolsillo interior y saqué un flamante billetero de fino cuero. Una simple ojeada me bastó para comprobar que allí estaban mis documentos. Billetes de cincuenta, veinticinco y diez dólares asomaban entre los distintos departamentos de la cartera nuevecita.

Sin salir de mi asombro, dejé cuarenta dólares en la bandeja. Gaston, el camarero, sonrió de oreja a oreja, murmuró un rápido: *Merci,*

m'sieur

e inclinó el espinazo en un ángulo de noventa grados.

—Pero, Nadine, esto no puedo permitirlo. Ya hiciste bastante por mi acogiéndome en tu *suite* y comprándome toda esa ropa. En cuanto al dinero...

—Un pequeño anticipo a cuenta de tu sueldo —afirmó—. Compréndelo, no podía permitir que un caballero como tú anduviera por ahí con los bolsillos vacíos. De esta forma, todo resulta más discreto y honorable, ¿no te parece?

Aquel rasgo de delicadeza me impresionó profundamente. En lugar de pagar ella la cuenta, con lo que yo quedaba como un «gigoló», Nadine había tenido la precaución de poner doscientos dólares en la billetera que, probablemente, había encargado aquella misma mañana junto con mis ropas.

Cuando abandonábamos Chez Durand, rodeé sus hombros con mi brazo y la oprimí afectuosamente contra mí.

—Eres una personita admirable, Nadine. No sé cómo agradecerte tantas atenciones —susurré a su oído.

—Déjame quererte: es todo cuanto pido —respondió.

Dos años de decepciones, fracasos y miserias me habían endurecido considerablemente, pero sus palabras hicieron brotar la ternura dentro de mí.

Eran las cuatro de una desapacible tarde de noviembre. El cielo, de color plomizo, anunciaba la inminencia de una segunda nevada.

—Tomemos un taxi y trasladémonos al centro —propuso Nadine.

La nieve, caída abundantemente durante la noche anterior, había colapsado parcialmente el tráfico rodado y tardamos mucho en encontrar un taxi libre. Cuando al fin un coche amarillo se detuvo a nuestra altura, nos apresuramos a introducirnos en su interior. Comenzaba a nevar en aquel momento.

El taxi nos dejó ante la fachada de los Almacenes Woolworth. Poco después salíamos de allí: un elegante gabán de auténtica lana inglesa me protegía de la baja temperatura exterior.

Grandes copos de nieve descendían pausadamente de las alturas. Unos chicos recogían puñados de nieve de los techos de los automóviles estacionados en la calle y reían gozosamente, enzarzados en una violenta batalla cuyos proyectiles eran inofensivas bolas blancas que se deshacían fácilmente al chocar.

Una de aquellas bolas se estrelló contra la esquina y nos salpicó a ambos de pequeños fragmentos helados. Yo di una voz y los chicos huyeron a la desbandada, mientras Nadine reía al verme encorajinado.

—Vayamos al parque —propuso ella—. Me encantaría pasear sobre la nieve.

Accedí de buen grado. Tomamos un taxi que nos dejó en el West Park quince minutos después.

Las largas avenidas del parque estaban desiertas y reinaba un silencio profundo. Los verdes setos se inclinaban, abrumados por el peso de la nieve que los cubría. Los altos abetos vestidos de un blanco impecable nos trasladaban con el pensamiento a los espesos bosques del Canadá. En el hueco de un abeto surgió de improviso la cabecita de una nerviosa ardilla, que nos contempló impávida hasta que nos acercamos y dio un saltito, desapareciendo en el interior de

su abrigado nido.

La alfombra nívea crujía levemente bajo nuestros pies. Nadine, que cubría sus cabellos con el precioso *foulard*, se detuvo un momento y me miró.

—Paul, aún no te he preguntado...

—¿Sí?

—Se trata de una pregunta muy personal. No me atrevo a formularla.

—Formúlala —la animé, risueño.

—¿Eres casado? —inquirió con timidez.

Me eché a reír de buena gana.

—Estuve casado poco más de un año. Janice, mi esposa, era una chica ambiciosa. Debió imaginar que casarse con un arquitecto suponía disponer de una cuenta corriente inagotable. Cuando se convenció de lo contrario, se apresuró a pedirme el divorcio. Se lo concedí de buen grado. Ella no me quería. Sólo deseaba prosperar económicamente, en muy poco tiempo. La olvidé enseguida. Sólo hace cuatro años que nos separamos, pero se me antojan muchos más. No he vuelto a verla.

Besé sus tibios labios, la tomé por el brazo y seguimos caminando sobre la nieve esponjosa.

—No tengo a nadie más —añadí, sin que mi voz temblase—. No conocí a mis padres y pasé mi infancia en un centro del Estado. Tuve que trabajar duro y estudiar de firme para financiarme mis estudios. De todas formas, no he tenido mucha suerte, pues mi título de nada me vale. Es como un papel mojado.

Callé. Nadine no hizo ningún comentario, hasta que dijo, deteniéndose:

—Pero ahora me tienes a mí, *mon solitaire garçon*. Yo te cuidaré a ti y tú me cuidarás a mí,

d'accord

?

—, *ma petite fille*

D'accord

—respondí, complacido. Y seguimos caminando a través del parque solitario.

Cualquiera que nos hubiera contemplado creería que componíamos una pareja de románticos enamorados. ¿No lo éramos

realmente?

Nadine había dicho que estaba enamorada de mí, aunque no se habían cumplido veinticuatro horas desde que nos conociéramos.

En cuanto a mí, ¿la amaba verdaderamente?

Con toda sinceridad, no pude responderme tajantemente a esta pregunta. Ciertamente experimentaba un sentimiento de ternura hacia la mujer que caminaba abrazada a mi lado, pero tal sentimiento tenía más de agradecimiento que de auténtico amor, si por tal se entiende la pasión desbordada y la total entrega.

De todas formas, Nadine era una joven muy atractiva a la que yo deseaba impetuosamente. Si seguíamos juntos era muy probable que terminase amándola con todas mis fuerzas, pues yo me sentía ansioso de afecto y comprensión después de tantos meses de soledad y alejamiento.

—*Toujours ensemble, mon amour* —murmuró Nadine, siguiendo aquella manía suya de intercalar frases francesas con cualquier conversación.

¿Siempre juntos? Era demasiado asegurar. Aún apenas nos conocíamos y la convivencia futura podía demostrar nuestra disparidad de caracteres.

Sí, era arriesgado anticipar lo que nos depararía el porvenir. Pero de momento lo sensato era vivir el presente. Y éste consistía en caminar bajo la nieve, confortablemente abrigado y llevando del brazo a una hermosa mujer. Por lo demás, tenía un buen puñado de dólares en la cartera y la seguridad de que tampoco aquella noche me vería en la necesidad de buscar un refugio donde guarecerme.

Una ráfaga de viento nos golpeó violentamente y Nadine se estremeció.

—Hace mucho frío —murmuró, arrebujándose, friolera, en su precioso abrigo de pieles—. Salgamos de aquí.

Dejamos atrás los solitarios paseos del West Park y entramos en una cafetería. Nadine tenía el rostro arrojado de frío y sus dientes castañeteaban.

Pedimos café y coñac.

Poco después nuestros cuerpos entraban en reacción, hasta el extremo de que Nadine se vio obligada a despojarse de su abrigo.

Después de nuestro paseo en solitario, resultaba agradable sentirse rodeado por la gente, estrechados en un extremo de la

recargada barra.

Mientras paladeábamos el coñac, Nadine miró su pequeño reloj de oro y dijo:

—Es demasiado temprano para volver al hotel. ¿Por qué no entramos en un cine? Hace años enteros que no veo una buena película. ¡Me gustaría tanto...!

A mí no me atraía particularmente la perspectiva de hundimos por dos horas en una oscura sala de proyecciones.

Durante las últimas semanas, yo había visto centenares de películas de todos los colores y matices. Por las mañanas, mendigaba en las escaleras y accesos del Metro, siempre pendiente de la súbita aparición de un hombre vestido con uniforme azul [1].

Si la mañana se me daba bien, solía ganar entre los doce y los quince dólares, en calderilla.

En ese caso, daba por terminada mi actividad de mendicante a mediodía, comía un par de hamburguesas en un bar y me metía rápidamente en un cine de sesión continua, donde permanecía hasta las diez de la noche, hora de salir a la calle desapacible y helada, camino del albergue de caridad.

¿En qué otro lugar podría uno matar ocho horas de hastío? En el cine, nadie te importunaba. E incluso se te permitía descabezar un sueñecito, confortablemente instalado en la butaca.

¡Y se estaba tan calentito...!

Pero ahora todo había cambiado para mí. Tenía dinero en el bolsillo, vestía buenas ropas, llevaba del brazo a una mujer hermosa y elegante y aquella noche no tendría que volver al Albergue Taylor para Indigentes.

No me apetecía el cine aquella tarde, pero Nadine deseaba ir, por lo que fingí un entusiasmo que no sentía.

—A mí también me gustaría ver una buena película —dije—. ¡Sobre todo si es en tu compañía!

Nadine agradeció el cumplido con una sonrisa, se volvió para que la ayudase a ponerse el abrigo y se colgó de mi brazo.

Salimos.

La calle estaba llena de cines, todos con rutilantes anuncios luminosos y enormes carteleras.

A Nadine debía chiflarle el cine de ciencia-ficción, pues eligió una sala en la que se proyectaba el filme *El Imperio Contraataca*.

Yo había visto aquella película por lo menos una docena de veces, pero no hice ningún comentario al respecto, puesto que Nadine tenía un gran interés por verla.

Saqué las entradas, cruzamos el vestíbulo y penetramos en la sala. La acomodadora tomó nuestros boletos y nos guió hasta nuestras butacas a través de la penumbra. Sin quitarnos los abrigos, nos sentamos y nos sumergimos en la contemplación de lo que ocurría en la pantalla.

Durante dos horas Nadine palmoteó, rió, se encogió contra mí y aplaudió con todas sus fuerzas cuando en la pantalla apareció la palabra «fin».

Luego salimos al vestíbulo. Yo me distraje un momento examinando la cartelera del próximo programa.

Cuando me volví, Nadine parecía sofocada y atemorizada. Una joven muy bonita, morena y delgada, con las facciones contraídas por la ira, increpaba a Nadine.

No puede oír las palabras que la joven morena dirigía a Nadine, pero debían ser insultos, a juzgar por el efecto que causaron en mi acompañante.

—¿Qué ocurre? —exclamé, tomando a Nadine por un brazo.

—Nada —respondió con brusquedad—. Salgamos de aquí.

Fue ella la que me arrastró a toda prisa del vestíbulo del cine. En la calle, detuvo un taxi presurosamente y subió con urgencia al vehículo: Tuve que seguirla enseguida para evitar perderla.

Me sentía profundamente desconcertado, pero no hice ninguna pregunta a Nadine hasta que nos encontramos a solas en la *suite* del hotel Langston.

—Pero, Nadine, ¿qué sucedió con aquella muchacha morena? Sus ojos llameaban y parecía a punto de arañarte... o algo peor. ¿Conocías a aquella mujer?

—En absoluto —respondió, esquivando mi mirada—. Debí confundirse de persona. Por favor, olvidémoslo.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente Nadine me despertó hacia las diez.

—¡Arriba, dormilón! —exclamó alegremente—. Hoy es tu primer día de trabajo.

Un camarero acababa de traer el desayuno. Tomé una ducha tibia y desayunamos. Mientras se vestía, Nadine me entregó un llavero.

—Baja al garaje y saca mi coche. El encargado te dirá cuál es. Yo bajaré en pocos minutos.

En aquel momento Nadine comenzaba a adoptar los modales propios de cualquier jefe. Pero a mí no me importaba: iba a cobrar un buen salario y además me correspondía un trabajo cómodo junto a una maravillosa mujer.

Hice, pues, lo que me pedía. En el garaje, situado en el sótano del hotel, un vigilante me señaló un majestuoso «Toronado» color gris plata.

Silbé por lo bajo, admirado.

La situación económica de mi *fiancée* debía ser muy boyante, cuando podía permitirse un fabuloso automóvil de lujo.

Me introduje en el coche, di al arranque y el motor zumbó suavemente. Un momento después ascendía hasta la calle y aguardaba ante la escalinata del Hotel Langston. Tuve que aguardar a Nadine durante un cuarto de hora. Ella descendió majestuosamente la escalinata del hotel, tras responder al saludo del portero de día.

Había cambiado su lujosa indumentaria del día anterior por un sencillo traje sastre de color gris, una gabardina blanca y zapatos de alto tacón. Parecía justamente una joven muchacha que se dedica al negocio de las inversiones.

Yo imaginaba que ella se sentaría a mi lado, pero lo hizo, muy digna, en el asiento trasero.

—¿Conoces la calle Stronberg?

Al verme asentir con el gesto, añadió:

—Llévame allí y detén-te ante la sucursal del Chase Bank. Sólo me demoraré unos minutos.

Poco después, la veía descender ante el Chase Bank.

—Quédate aquí. Volveré enseguida.

Tardó exactamente cinco minutos. De nuevo en el coche, vi a través del espejo retrovisor que Nadine escribía algo en una agenda.

Me tendió una hoja de papel, en la que había escrito una docena de direcciones. —Éstos son los clientes que tengo que visitar esta mañana— dijo—. Organiza el viaje de forma que tardemos el menor tiempo posible.

Yo conocía muy bien la ciudad. Sólo tardé un par de minutos en relacionar las direcciones en el orden correcto.

Durante horas, mi trabajo se limitó a trasladar a Nadine a través de la ciudad. Parábamos en una dirección concreta, ella descendía del coche, penetraba en un establecimiento y volvía al cabo de pocos minutos. Y así hasta una docena de veces.

A las dos menos cuarto Nadine me indicó que volviéramos a Stronberg Street, sucursal del Chase Bank.

A través del retrovisor, vi que Nadine ordenaba un abultado fajo de billetes grandes. Luego, ella metió el dinero en su bolso, descendió del coche y se dirigió a la sucursal bancaria, de la que regresó pocos minutos después.

—Creo que nos hemos merecido un almuerzo en Chez Durand, querido —dijo sonriente. Volvía a adoptar su actitud amistosa y confiada.

Almorzamos en el restaurante francés de Fleet Street y hacia las cuatro volvimos al hotel.

—Un trabajo muy fácil —comenté, mientras paladeábamos un coñac en nuestra confortable *suite*—. ¿Todo se reduce a eso?

—¡Oh, no creas, *cheri*! No siempre es tan fácil. Tal vez en alguna ocasión tendrás que defenderme a golpe limpio. En el negocio de las inversiones, a veces tengo que manejar grandes cantidades en metálico. En una ocasión intentaron atracarme... No, no será tan fácil. Pero imagino que tú sabrás defenderme contundentemente, ¿verdad?

Hice una fogosa manifestación de lealtad.

—Si alguien se atreve a ponerte una mano encima, se arrepentirá —dije.

Nadine se abrazó a mí estrechamente y me besó. Un momento después nos revolcábamos en el lecho.

Nos habíamos adormecido, íntimamente abrazados, cuando nos despertó el teléfono.

Nadine tomó el aparato de la mesilla de noche y atendió la llamada. Su rostro se frunció.

Enseguida colgó bruscamente y se volvió hacia mí. Tenía una expresión rara.

—¿Me has dicho la verdad, Paul? —preguntó.

—La verdad... ¿acerca de qué? —respondí, desconcertado.

—Acerca de tu profesión —especificó.

—¿Por qué habría de mentirte? Incluso te mostré mi documentación. Soy arquitecto. Un pobre arquitecto sin trabajo. ¿A qué viene todo eso?

Su expresión se dulcificó.

—No tiene importancia —dijo.

Y saltó apresuradamente de la cama.

—Quédate aquí. Tengo una visita —añadió.

Se vistió y abandonó la alcoba, cuya puerta cerró.

Yo me sentía sobre ascuas.

No comprendía la actitud de Nadine, ni su aparente y momentánea alarma.

Saqué las piernas de entre las sábanas y me puse el pantalón. Luego me deslicé hacia la puerta y me detuve.

Nadine hablaba con alguien en el salón. Me esforcé en escuchar lo que decían.

Al principio, creí que la visita de Nadine era masculina.

La voz era grave, hombruna, y se expresaba con un tono tenso, irritado.

—... advertimos desde el principio: había que extremar las precauciones, puesto que llevamos entre manos un negocio de gran envergadura. Deberías despedir a ese tipo, Nadine.

—¿Paul? ¡Pero si es encantador, inofensivo! He visto sus documentos, Pat. Se llama Paul Falkney y es arquitecto. Le despidieron de la compañía

O'Larney

, hace unos años. No ha encontrado trabajo desde entonces. Creo que cuando le encontré casualmente, se sentía desesperado. Por otra parte, ya sabes que mi trabajo comporta riesgos, riesgos físicos. Y el respaldo de un hombre...

—Hasta ahora hemos prescindido de los hombres. Y nos ha ido muy bien —respondió la voz viril, cortante.

¡No era un hombre, pues, la visita de Nadine!

Silenciosamente, me agaché y traté de mirar a través del diminuto agujero de la cerradura.

Pat parecía un hombre, pero era una mujer.

Altísima, pues quizá sobrepasaría el metro y ochenta centímetros, de rostro caballuno y desprovisto de cualquier rastro de maquillaje, sus cejas eran espesas, de color rubio pajizo.

Sus ojos, de un azul desvaído, eran fríos y autoritarios.

«Una lesbiana, probablemente», calculé.

Nadine protestaba, encendida.

—... que no estoy dispuesta a despedirle. Por otra parte, el éxito de nuestras operaciones, se debe, en parte, a que nuestros clientes imaginan que el negocio es dirigido por hombres y nosotras somos simples agentes. Si ven que me acompaña un individuo tan robusto como Falkney, la impresión de solidez de nuestros negocios quedará acentuada. Tú sabes que he recibido algunas amenazas...

No sé por qué, en aquel momento relacioné la escena ocurrida en el vestíbulo del cine con las palabras que acababa de escuchar de labios de Nadine.

—... que seas prudente. Si se produce alguna interferencia obraremos con todo rigor —estaba diciendo Pat en aquel momento—. Y tú serías la primera en lamentarlo, Nadine.

Perdí de vista el rostro viriloide de Pat y oí un portazo.

Apresuradamente volví al lecho, arrojé los pantalones de cualquier manera y me cubrí con las ropas de la cama.

Sin embargo, Nadine aún tardó unos minutos en reunirse conmigo. Cuando volvió, la preocupación transía su rostro con marcas profundas.

—¿Quién era? —pregunté, apartando mis ojos de la revista que fingía estar leyendo—. Es Patrice, mi supervisora de gestión. Una visita de rutina. Quería conocer la marcha de mi trabajo. Todo está resuelto.

—¿Una mujer? Me pareció escuchar una voz varonil —comenté.

—Pat es... un poco hombruna. Pero muy eficiente. Ha conseguido elevar en pocos meses los beneficios de nuestra empresa. Pero olvidémosla.

—No tan rápidamente —contesté—. Imagino que tu desconfiada actitud de antes se debió a tu conversación telefónica de hace unos minutos.

—Sí, es cierto —confesó—. Pat es muy desconfiada con... los hombres. En cierto modo, su actitud es lógica, Paul. Mi trabajo consiste básicamente en la captación de capitales. Como te expliqué antes, a veces debo manejar cantidades importantes en metálico. Pues bien: Pat imaginaba que tú podías ser un aventurero.

—Y lo soy —respondí, guiñándole cómicamente un ojo.

Ella también sonrió, pero enseguida volvió a su actitud austera.

—He respondido por ti, Paul. Espero que no me metas en ningún lío. Un empleo como el mío supone ingresos importantes, de los que no estoy dispuesta a prescindir fácilmente.

Espero que te compones adecuadamente.

—¿A qué te refieres exactamente? —inquirí.

—Debes ser discreto, por encima de todo. No hables a nadie de tu relación conmigo, ni intentes averiguar otros datos en relación conmigo o mi empresa de inversiones. No quiero dar a Pat motivos de preocupación.

Lancé una carcajada.

—¡Pero si me siento absolutamente satisfecho con lo que tú me has dado! Puedes creerlo, pequeña: Paul Falkney es el tipo menos egoísta del mundo. ¿Crees que si fuera capaz de venderme por unos dólares me hubieran despedido de la compañía

O'Larney

? —sugerí.

Nadine se arrojó sobre mí y me besó y acarició fogosamente.

—Estoy segura de ti, *mon lapin* —susurró apasionadamente. Y de nuevo hicimos el amor.

No voy a decir que Nadine fuera una mujer insaciable, pero sí tengo argumentos para poder afirmar que era una muchacha ardiente de placer.

Hacia las cinco saltó hacia el baño y dijo:

—Tengo que ir a la peluquería. Hasta las nueve, tienes la tarde

libre, *mon cher*. Pero una advertencia: quiero que estés aquí a las nueve en punto. Cenaremos juntos, aquí mismo.

D'accord

?

—*Toujours, ma petite*

d'accord

—respondí.

Nadine se marchó veinte minutos más tarde. Yo todavía estaba en el baño cuando ella se despidió.

—*Au revoir*, Paul. A las nueve en punto, ¿eh?

Me dejó sumido en intrincados y confusos pensamientos.

Yo no podía olvidar la visita de Pat, aquella mujer hombruna y de descomunal estatura. Recordaba, sobre todo, el acento amenazador con que se había dirigido a Nadine: «Si se produce alguna interferencia, obraremos con todo rigor. Y tú serías la primera en lamentarlo»...

¿Amenazaba a Nadine con el despido o... se trataba de algo más grave?

Por otra parte, yo no acababa de comprender por qué aquel desusado interés en mantener en secreto las gestiones de una simple compañía de inversiones.

La curiosidad comenzó a acicatearme. Salí del baño, me vestí y registré minuciosamente los muebles, armarios y maletas de Nadine.

Poseía un vestuario digno de una princesa: una docena de caros abrigos, dos docenas de vestidos de diseño exclusivo, una docena de suéteres, zapatos, botas... Los cajones del ropero rebosaban de finísima ropa interior y costaban una verdadera fortuna.

Sin embargo, no encontré nada sospechoso.

Ni siquiera una pequeña agenda personal, ni direcciones de amigos o conocidos, de presuntos clientes. Tampoco había números de teléfono, ni otros datos semejantes, normales en una persona que se dedica a captar capitales para la inversión.

Esto me pareció sospechoso.

Sin embargo, yo me sentía sinceramente agradecido a Nadine y me pareció que cometía un crimen registrando sus pertenencias.

Me tranquilicé a mí mismo pensando que si había llevado a cabo aquellas ingenuas pesquisas se debía a mi interés por protegerla.

A las seis de la tarde, abandoné el hotel Langston.

Caminaba a pie hacia el centro comercial, cuando advertí que alguien me seguía. Era una mujer, alta y hombruna. Era Patrice, la supervisora de gestiones de mi querida Nadine.

CAPÍTULO IV

Pasé la tarde recorriendo las tiendas y haciendo pequeñas compras.

Como una sombra, aquella mujerona me siguió hasta que, hacia las nueve de la noche, volví al hotel Langston.

Diez minutos después llegó Nadine. Tomamos un par de martinis en el bar y subimos a nuestra *suite*.

—¿Te divertiste? —comentó, después de ordenar que subieran nuestra cena.

—Sólo hice unas compras. La verdad es que te echaba de menos.

Me besó, agradecida. Al devolverle el beso, debí apretarla demasiado, porque ella exhaló un gemido.

—Pero ¿qué te ocurre? —exclamé, sorprendido.

Había un gran hematoma en su pómulo derecho, que ella había intentado disimular con una gruesa capa de maquillaje.

—Un estúpido accidente —me explicó—. Resbalé en el piso helado de la acera y me golpeé contra un parquímetro. No tiene importancia.

—Lo siento —repuse, contrito—. Procuraré ser menos vehemente.

Pero ella musitó:

—¡Cariño!

Y volvió a besarme suavemente en los labios.

Cenamos, vimos un rato la televisión y nos acostamos. Cuando fui a abrazarla ella estaba completamente desnuda. Comprendí la indirecta e hice todo lo posible por complacerla. Rendidos, nos dormimos abrazados.

A la mañana siguiente, se repitió nuestro trabajo de la jornada anterior. Es decir Nadine me pidió que bajara a por el coche y luego ambos nos trasladamos hasta Stronberg Street.

Cuando ella caminaba hacia el Chase Bank me pregunte a qué se

debía aquella visita matinal al banco.

«No creo que necesite dinero. Cuando abrió su bolso en el bar del hotel Langston, pude comprobar que llevaba algo más de quinientos dólares en su bolso», pensé.

Quizá Nadine poseyera una caja de alquiler en el Chase Bank.

«Es posible que guarde allí documentos importantes relacionados con sus clientes», deduje.

Acertaba, según pude comprobar más tarde. Lo que Nadine guardaba en su caja fuerte de alquiler eran listas de sus clientes, que devolvía después de mediodía, al tiempo que depositaba sus recaudaciones de la mañana.

Cuando regresó, escribió rápidamente su lista de direcciones, me la entregó y partimos.

No ocurrió nada anormal, aunque me mantuve a la expectativa.

Nadine visitó dos mercerías, tres pequeñas *boutiques*, cinco confiterías y tres floristerías. Al cabo de unos minutos, volvía al coche y seguíamos hacia la siguiente dirección de nuestro itinerario.

Todo se desarrolló de idéntica forma desde el lunes hasta el miércoles. A mediodía, consumíamos un tardío almuerzo en Chez Durand o en cualquier otro restaurante lujoso, siempre que nos ofrecieran comida francesa, que Nadine adoraba.

Por la tarde, ella me dejaba libre. Siempre iba a la peluquería, una tarde detrás de otra. ¿No era excesivo? Sus cabellos rubios y lisos no parecían necesitar mayores cuidados. Y su peinado era siempre el mismo: cabellera suelta y vaporosa, que caía hasta sus hombros.

Llegué a sentir tal curiosidad por este motivo que el jueves por la tarde decidí seguirla. Había observado que en la entrada de servicio al hotel estaba situada en un callejón posterior llamado Brodsky Lane.

—Vete a dar una vuelta. Yo tengo la tarde ocupada: iré a la peluquería y después a una sala de masajes. Nos veremos a las nueve de la noche —dijo.

Patrice no había vuelto a seguirme. O, al menos, yo no había advertido su persecución: probablemente había terminado convenciéndose de que yo no iba a suponer un obstáculo para su negocio.

Nadine abandonó la *suite* a las cuatro de la tarde. Yo estaba

vestido, a excepción de la chaqueta, y me precipité al pasillo, alcancé la escalera de servicio y me escurrí silenciosamente hacia Brodsky Lane.

Detuve un taxi en el cruce, subí y dije al taxista que tomara la dirección de Landers Avenue. En aquel preciso momento, Nadine tomaba otro taxi.

Media hora después, el vehículo al que seguíamos se detuvo al otro extremo de la ciudad. Nadine bajó y se dirigió a un edificio de apartamentos llamado Merrivale Building.

Despedí mi taxi y entré en una cafetería próxima. Un momento después averiguaba que en el edificio Merrivale no había ninguna peluquería ni tampoco salones de masajes.

—Esos apartamentos se alquilan por horas, amigo —me dijo, sonriendo ladinamente, un camarero—. Para que me entienda mejor: el Merrivale Building viene a ser una lujosa casa de citas, donde acuden las más atractivas prostitutas de la ciudad. Un lugar alejado del centro, discreto y escondido. Lo justo para pasar un buen rato con una bella mujer, ¿no le parece?

Sentí una punzada en el pecho. Poco después abandonaba la cafetería y dirigía una furtiva mirada al vestíbulo acristalado del edificio Merrivale.

La idea de que Nadine estuviera revolcándose en la cama con otro tipo me enervaba y encolerizaba hasta límites insospechados.

Durante un rato vagué por los alrededores como una fiera al acecho. Luego se me ocurrió una idea mejor, para salir de dudas.

Si algún tipo existía en la ciudad que estuviera al tanto de todos los negocios sucios, esa persona era Ted Maninway.

En ocasiones, Maninway me había confiado trabajos de investigación de escasa importancia, pues Ted es detective privado.

Por desgracia, los trabajos que me confiaba no eran muy frecuentes ni bien retribuidos, pues la crisis económica también afectaba a los investigadores privados. Sin embargo, seguía uniéndome una buena amistad a Ted.

Busqué una cabina telefónica y marqué su número. Tuve mucha suerte, pues Maninway casi nunca está en su oficina. Pero aquella tarde estaba, pues enseguida reconocí su voz.

Después de interesarse por mí y mi situación económica, le pregunté sobre lo que me interesaba: el edificio Merrivale.

—¿El Merrivale? Es un lujoso «nido de amor» clandestino. Casi nadie lo sabe en esta ciudad, pues su propietaria oculta el verdadero negocio con una apariencia legal: alquiler de apartamentos. En realidad, es la sede de una colosal organización de prostitución y otros negocios ilícitos, como el chantaje.

—¿Conoces el nombre de la propietaria del Merrivale Building? —insistí.

—¿Por qué? ¿Te has metido en algún Ho? —respondió Ted, preocupado.

—No lo creo, al menos hasta ahora.

—No sé si debo responder a esa pregunta, Paul. Pero tratándose de ti... Te lo diré a condición de que ocultes tu fuente de información.

—Te lo prometo. Aunque pareces desusadamente preocupado...

—El Merrivale Building pertenece a una mujer llamada Patrice

O'Googan

. Es ella la que dirige la red de prostitución. Un negocio redondo, pues Pat sólo incluye en sus circuitos a mujeres jóvenes y muy guapas. Cuenta con una verdadera selección de bellezas, que le producen elevadísimos ingresos. Por otra parte, Patrice

O'Googan

debe contar con protección en altas esferas de la policía. Caso contrario, su red de prostitución hubiera sido desmontada hace ya muchos años. Es una mujer peligrosa, te prevengo por si acaso.

Reflexioné sobre lo que acababa de oír. Luego, de repente, decidí confiar en Maninway y le conté el motivo de mis preocupaciones.

Cuando terminé de hablar, Ted dijo:

—No creo que haya de asesorar a un hombre como tú, Paul. Pero si yo estuviera en tu lugar me apresuraría a alejarme de esa muchacha y todo lo relacionado con el negocio de Pat

O'Googan

. En relación con ella, todo huele a podrido.

Muy preocupado, le di las gracias por sus informes y colgué.

Volví a las intermediaciones del edificio Merrivale. Eran las siete de la noche y Nadine no aparecía.

A las ocho, me cansé de esperar y volví al hotel Langston en un autobús. Subí a la *suite* y aguardé.

Nadine llegó poco antes de las nueve.

Al ver que yo había cambiado mis flamantes ropas por las mías tan usadas, abrió unos ojos como platos.

—¿Qué haces vestido con esos andrajos? —exclamó, con poquísima delicadeza.

—Me marchó —respondí—. La ropa que me compraste está cuidadosamente plegada y colgada en tu ropero.

La vi palidecer.

—Pero ¿estás loco? ¿Qué explicación tiene todo esto? —chilló.

—Ya te lo he dicho: me marchó —repetí.

No pretendía ofenderla, no quería restregarle la sucia verdad por la cara. Ella me había distinguido con su simpatía y su interés. Yo odiaba tener que hierla.

Se enfureció.

—Me has seguido, ¿verdad? —murmuró, colérica.

—Sí. No era normal que acudieras todos los días a la peluquería. Podías haberte inventado una excusa más plausible... Bien, ya lo sabes: te seguí hasta el Merrivale Building. Sé todo lo concerniente al negocio de prostitución de Pat

O'Googan

. Lo siento, Nadine: no soy de esa clase de hombres que comparten a su mujer con los demás. Si me hubieras advertido al respecto...

Se lanzó sobre mí, chillando como una furia. Y me hubiera clavado las uñas en el rostro si yo no hubiera aferrado velozmente sus brazos por la muñeca.

Durante unos minutos me lanzó horribles insultos, palabras durísimas y toda suerte de reconvenciones y recriminaciones.

La dejé desahogarse. Luego, cuando comenzó a sollozar, la solté.

—He alquilado una habitación en el veintiuno de la calle Lower —le dije—. Allí me encontrarás, si necesitas algo de mí. Pienso devolverte el dinero que me has entregado a lo largo de estos días, pero ignoro cuándo podré hacerlo.

Se volvió hacia mí, airada, llameantes los ojos.

—¡Está bien, márchate, muerto de hambre! ¡No te necesito para nada! Pero quizás vuelvas mañana suplicándome un poco de pan —gritó.

Abrí la puerta y me marché.

Tardó tres días en aparecer por mi cuartucho de Lower Street.

Para entonces yo había averiguado la verdad de lo ocurrido en aquel bar de la misma calle, la noche en que vi a Nadine Desbrunes por primera vez: el dinero que el tipo barbudo le había arrebatado, no era sino el pago de un rato de placer en la cama.

Nadine apareció en el rellano de la escalera a las ocho de la noche. Vestía con discreción y no parecía tan soberbia e irritada como la última vez.

—¿Puedo entrar? —preguntó, con timidez.

—Adelante. Pero te prevengo que esto no es tu *suite* del Langston —respondí, señalando mi humilde cuarto con un ademán expresivo.

Se sentó en una silla medio desvencijada y cruzó sus atractivas piernas enfundadas en finas medias de color humo.

—Paul, quiero que vuelvas conmigo —dijo al cabo de unos instantes de silencio.

Moví la cabeza negativamente.

—No, Nadine. Aquello terminó —respondí.

Ella se echó a llorar. Me sorprendió: sus sollozos parecían sinceros.

—¡Estúpido! —clamó—. ¿No lo comprendes? ¡Me he enamorado de ti!

—Nadine, una mujer como tú no se enamora fácilmente —repliqué, con voz suave—. Una mujer como yo es igual que cualquier otra mujer —protestó con ardor—. Sobre todo a la hora de amar. Estoy loca por ti. Te necesito, Paul. ¡Vuelve conmigo!

Pero yo me mantuve firme.

—Te has metido en un callejón sin salida, muchacha. No pienso volver contigo.

Alzó la cabeza bruscamente. Su rostro estaba húmedo de lágrimas.

—¿Y si te dijera que estoy dispuesta a abandonar a Pat O'Googan

? —insinuó—. Tendría que convercerme de que, verdaderamente, estás dispuesta a prescindir del lujo que hasta ahora te ha rodeado. Y aun así, tendría que pensarlo con calma —contesté.

Nadine se puso en pie y se alejó, frenética, hasta la puerta.

Desde allí me dirigió una sarta de insultos irreproducibles. Y exigió que le devolviera el dinero que había recibido de ella.

Naturalmente, yo no podía satisfacerla en cuanto a aquello. Invoqué que ella me había contratado y que incluso que aquellas cantidades de dinero podrían considerarse los honorarios de mis servicios prestados. Pero ella respondió con otra andanada de durísimas palabras y finalmente se marchó.

Mi situación era muy difícil.

Mi casero, un esquelético individuo llamado míster Grisby, me acababa de amenazar con el desahucio si no le pagaba los veinte dólares que le debía. De modo que mi futuro podía describirse con tintes sombríos: tendría que volver a mendigar, a dormir con los sucios y desesperados individuos del Albergue Taylor.

«Eres un estúpido, Paul —me recriminé a mí mismo—. En esta ciudad, nadie apreciará tu integridad. ¿De qué te sirve ser honrado si cualquier día morirás congelado en el invernadero de West Park?».

Bajé a la calle y gasté una moneda en llamar a Ted Maninway.

—Estoy en las últimas, viejo amigo —le dije—. ¿No podrías prestarme cincuenta dólares?

Hasta entonces, me había resistido a la tentación de dar un sablazo a mi único amigo, pero dadas las circunstancias cualquier cosa sería mejor que volver al Albergue Taylor para Indigentes.

—¿Cincuenta dólares? Podrás ganar hasta quinientos, si me echas una mano en mi trabajo —respondió Maninway.

Y al escuchar mi exclamación de gozosa sorpresa, añadió.

—Llevo buscándote todo el día. Llamé al hotel Langston y me comunicaron con una furiosa Nadine Desbrunes, la cual me explicó a gritos que en su *suite* no se hospedaba ningún *maquereaux* llamado Falkney. Así que no supe cómo encontrarte... A propósito, ¿desde dónde llamas?

—Desde una cabina pública. ¿Por qué?

—Para cerciorarme de si puedo hablar con claridad. Tengo un buen trabajo en perspectiva. Esta mañana me visitó un caballero llamado Franklyn

O'Larney

. ¿Te suena ese nombre, Paul? —inquirió.

¡Ya lo creo que me sonaba...!

Franklyn

O'Larney

era nada menos que el todopoderoso presidente del consejo de administración de las empresas

O'Larney

, dedicadas a la construcción. El precisamente había influido en Harold Dimple para que me despidieran fulminantemente de mi puesto de arquitecto-jefe del departamento de diseños.

Se lo expliqué a Ted y éste respondió, regocijado:

—El mundo es un pañuelo, Paul. Quizá muy pronto ese prepotente míster

O'Larney

tenga motivos para arrojarse a tus pies.

—¿Qué quieres decir?

—Coge el autobús y vente para acá. Te lo explicaré mientras tomamos un trago. Date prisa —respondió Maninway.

Media hora después el ascensor me dejaba ante la oficina de Ted, en el 400 de Limeside Park.

El desgachado y pelirrojo Maninway se encontraba tumbado en un viejo diván, en la actitud del neurótico que vacía su alma ante el psiquiatra.

Se puso en pie de un salto al verme aparecer y sacó enseguida la botella de *whisky* que ocultaba tras un legajo polvoriento de su archivo.

Sirvió licor en dosis generosas en dos vasos y me hizo llegar de un papirotazo su paquete de «More».

—Lo que tengo que decirte te sorprenderá, Paul —pronunció, observándome burlón—. Adelante, habla —fe animé, tras encender mi cigarrillo.

—El hijo de

O'Larney

ha desaparecido. Se llama Frank

O'Larney

, y tiene por delante un futuro brillante y prometedor. Pero hace una semana que no aparece por el hogar de sus padres. El millonario sospecha que su hijo haya estado siendo objeto de chantaje.

—¿Por qué?

—Según el padre, Frank venía gastando cantidades exorbitantes de dinero a lo largo de los últimos meses, cuando en realidad

siempre había sido un joven moderado y juicioso, incapaz de gastar quinientos dólares de una vez. Como te decía, Franklyn

O'Larney

me visitó esta mañana. Cuando le pregunté por qué no había recurrido a la policía, puesto que la prolongada ausencia de su hijo parecía apuntar las probabilidades de que se tratase de un secuestro, respondió que quería evitar a toda costa un escándalo que repercutiría desastrosamente en la marcha económica de sus múltiples negocios.

—Algo muy normal, tratándose de

O'Larney

—respondí—. Cualquier cosa es preferible para ellos, antes de provocar un escándalo.

—Cuando acepté encargarme del asunto me mostró una foto. Dijo que uno de sus empleados había visto recientemente a su hijo en compañía de esta mujer —añadió Maninway.

Y me ofreció una fotografía La tomé y la examiné.

Era Nadine Desbrunes.

Maninway, que observaba mi reacción, sonrió.

—Por eso decidí ponerme en contacto contigo y compartir el dinero que podamos sacarle a Franklyn. Tú conoces a esta mujer. Y ambos sabemos que Frank

O'Larney

ha estado relacionada con ella. Si encontramos a su hijo, vivo,

O'Larney

, pagará nuestros gastos y añadirá diez mil dólares en concepto de recompensa.

—Has dicho si lo encontramos vivo. ¿Es que acaso

O'Larney

teme que su hijo...?

Maninway sonrió, conmisericordioso.

—Amigo mío, cuando un joven inexperto como Frank se mete en aventuras peligrosas, puede ocurrirle cualquier cosa. Pero no te preocupes: si encontramos muerto al heredero de

O'Larney

, su padre nos entregará cinco mil dólares. Es un consuelo, ¿no? No presté atención a su sarcasmo. Pensaba en Nadine y en su relación con el joven Frank

O'Larney

Había acabado mi *whisky*, sin percibirme de que lo bebía. Ted, comprensivo, volvió a llenar nuestros vasos.

—¿Tienes alguna idea al respecto? —me preguntó.

Reflexioné brevemente y respondí:

—Creo que tengo algo que pudiera interesarte.

Y le expliqué las visitas que Nadine había hecho a unos cincuenta pequeños negocios del centro comercial de la ciudad.

—Eso es muy interesante —apreció Maninway, pensativo—. Todo parece indicar que tu amiguita era una especie de cobradora. Pero ¿qué era lo que cobraba?

—Tal vez las cantidades fijadas por Pat

O'Googan

por chantajes. Aunque también he pensado en otra posibilidad.

—¿Cuál? —quiso saber Maninway.

—Protección —respondí.

CAPÍTULO V

La joven se llamaba Kate McKeller y se asustó ostensiblemente al reconocerme. La tiendecita estaba en Pryconceller Lane y estaba llena a rebosar de finas vajillas de importación.

Maninway, que había advertido el terror que mi presencia causaba; en la bellísima muchacha morena, se apresuró a decir:

—No tiene nada que temer de nosotros, señorita McKeller. Soy Ted Maninway, investigador privado. El que me acompaña es mi socio, Paul Falkney. Sólo queremos hacerle unas preguntas, cuestión de pocos minutos.

Pero Kate McKeller se mantenía a la defensiva.

—Llamaré a mi padre. Es el dueño del negocio. Ha ido a tomar un café, pero vendrá enseguida si le telefono.

—No se moleste. —Ted sonreía amablemente—. Será un momento. Mire esta foto. ¿Conoce a esta mujer?

Kate palideció al mirar la fotografía de Nadine. Pero enseguida reaccionó y negó vivamente.

—¡No, no la conozco! Por favor: tengo que atender a mis clientes.

Pero yo adelanté una mano y la retuve junto a nosotros.

—¿Por qué está aterrorizada, señorita McKeller? Mi amigo le ha jurado que nada tiene que temer de nosotros. En cuanto a su susto cuando me vio aparecer, imagino que se debió al hecho de que me viera hace días en el vestíbulo del cine Galaxy en compañía de la mujer de la fotografía, ¿me equivoco?

No respondió, pero era evidente que yo había acertado.

—Lo siento, no puedo atenderles. Tengo clientes esperando —dijo. Y se separó de nosotros.

Abandonamos la tienda, defraudados.

A lo largo de la mañana, ambos habíamos recorrido media docena de pequeños comercios —como el de los McKeller—, con la

esperanza de obtener algún dato orientador. En todos los casos, las reacciones de los dueños de aquellos negocios habían sido similares a los de Kate McKeller cuando les mostrábamos la fotografía de Nadine Desbrunes: sorpresa, desconfianza, miedo y silencio. Todos habían negado conocer a Nadine.

—Mienten —dije a Maninway—. Yo acompañé a Nadine a cada una de estas tiendas. Ella les visitó, al menos una vez. Aunque si se trata de lo que sospechamos, es muy probable que Nadine les visitase una vez al mes, como mínimo. Conocen a Nadine, pero lo niegan. Y eso sólo tiene un significado.

—Miedo —pronunció Ted. Y yo asentí. Era la hora del almuerzo. Tomamos un bocado en un *snack* próximo y Maninway dijo:

—Tengo que ocupar las próximas horas en otras investigaciones pendientes. Pero tú podrías aprovechar el tiempo y buscar una oportunidad para volver a interrogar a Kate McKeller. ¿Crees que podrías ocuparte de ese asunto con éxito?

—Lo intentaré —le prometí.

Nos separamos.

Discretamente, indagué el domicilio de los McKeller. La familia estaba compuesta únicamente por dos miembros: el padre, Ronald McKeller, y la hija, Kate. Ronald McKeller tenía cincuenta y ocho años. Los propietarios de tiendas próximas le consideraban un comerciante honrado y una excelente persona. Sólo tenía un defecto: su exagerada afición al *whisky* irlandés, que le obligaba a desatender su negocio.

Vivían en Faraday Row, una calle cercana. Me aposté en las inmediaciones y poco después de las tres de la tarde vi aparecer a Kate. Llevaba los negros cabellos sujetos en «cola de caballo», vestía pantalón de pana rojo y un suéter grueso del mismo color.

Ofrecía una silueta esbelta, juvenil y encantadora y parecía más joven que nunca.

Al verme venir, se detuvo bruscamente.

—Buenas tardes, señorita McKeller. ¿Puedo invitarla a un café? —dije.

—¿Con qué fin? —respondió, desconfiada.

—Con el de pasar un rato agradable en compañía de una preciosa muchacha irlandesa. ¿Sabe una cosa? También mis abuelos eran irlandeses, del condado de Falkney.

Sonrió. Tenía una dentadura fresca, regular y deslumbrante, que sugería enseguida la tentación de besarla.

—Está bien. Vayamos a McCormicks. Está aquí mismo. Es un *pub* muy tranquilo —cedió.

Me guió hasta una callejuela próxima y penetramos en el *pub*. Era un local de pequeñas dimensiones, familiar y tranquilo. Nos sentamos en la mesa situada en un rincón y pedimos dos *irish coffees* [2].

Fumamos un cigarrillo y hablamos de temas intrascendentes. De pronto, Kate dijo:

—Ella era su novia, ¿verdad?

No tuve que preguntar a qué *ella* se refería: indudablemente hablaba de Nadine.

—No exactamente. Nos conocimos por casualidad e intimamos. La cosa no duró más que unos días. Descubrí que era... Bueno, que no me convencía. Debí sospecharlo desde aquella tarde en el cine. Usted, Kate, estaba furiosa. Creo que la insultó.

Las aletas de su preciosa nariz se dilataron y sus puntiagudos senos se irguieron bajo el tejido del jersey.

—¡Sí, la insulté! Perdí el control de mis nervios al verla allí, tan elegante, acompañada de un hombre tan... apuesto como usted. Ella y los demás nos están arruinando desde hace años. No pude evitarlo. La hubiera golpeado, si ella no hubiera escapado como una liebre.

Sucedió una pausa. Kate, fumaba ávidamente su cigarrillo, muy nerviosa. Y yo no quería presionarla. Si quería hablar, lo haría por su propia iniciativa.

—Bueno, todavía no sé quién es usted —dijo, luego.

Hablé durante unos minutos acerca de mí. Kate asentía con mudo gesto a mis palabras. Se mostró indignada cuando le conté lo que me había ocurrido en la compañía

O'Larney

.

—Nosotros también estamos a punto a arruinarnos. Debemos todo lo que ha visto en la tienda, que obtuvimos gracias a un crédito bancario de cincuenta mil dólares. Pero pronto tendremos que malvenderlo cuando papá tenga que hacer frente a los pagos bancarios. Y todo...

—Le están extorsionando, ¿verdad?

—Peor que eso: nos tienen aterrorizados. Cada semana llega una de esas *señoritas* y tenemos que entregarles mil dólares. ¡Mil dólares semanales! Y hay semanas que apenas hacemos dos mil de caja.

—¿Por qué no les denuncian?

—Papá está asustado. Teme por mí, más que por él. Hace poco más de un año, no pudimos hacer el pago porque no teníamos el dinero. Poco antes del cierre, llegaron en tropel ocho muchachas ataviadas con pantalones y chaquetas de cuero y destrozaron las existencias de la tienda. Por fortuna, no quedaban muchas cosas de valor, pues estábamos a final de temporada. Pero a papá le hirieron en la frente y a mí me dejaron sin conocimiento de un golpe en la mandíbula. A partir de ahí, papá se esforzó en disponer de esos mil dólares cada semana.

—Me contó también que Fred Johnson, propietario de una próspera tienda de flores, había traspasado súbitamente su negocio por una cantidad ruinosa.

—Desapareció de la ciudad. Más tarde supimos que una pandilla de jóvenes le había dado tan salvaje paliza a su esposa que la pobre quedó tullida para el resto de sus días. Ésa es la razón de que nadie se atreva a denunciarles. ¿De qué les serviría, si el que denunciara no viviría para contarlo? El miedo es un arma terrible —murmuró Kate, angustiada.

Al cabo de unos minutos, reaccionó y dijo, apasionadamente:

—De todas formas, yo estoy harta de pagar. Le he propuesto a mi padre traspasar la tienda, denunciar todo a la policía y marcharnos a otra ciudad. Pero él vacila: aquí están enterrados mi madre y mis dos hermanos gemelos, que murieron a los pocos meses de nacer. Mi madre murió en el parto.

Bebí en silencio mi café irlandés. Y dije:

—¿Cómo empezó todo eso de la protección?

—Fue hace poco más de un año. Llegó a la tienda una mujer alta, hombruna, de facciones secas y estiradas, que pidió hablar con papá. Mi padre la invitó a pasar a la trastienda, donde mantuvieron una conversación de media hora. No sé qué pudo decirle aquella desagradable mujer a mi padre, pero cuando salió de allí estaba lívido y tembloroso. Luego empezaron a llegar esas *señoritas* con

aspecto de jóvenes ejecutivas. Saludaban amablemente y papá les entregaba un sobre. Por la tienda desfilaron ocho o diez, todas tan atractivas y elegantes. Un día planteé el asunto a mi padre y él me contó la verdad: le obligaban a pagar bajo amenazas de muerte. Yo sería la primera en sufrir un accidente. Y...

Calló. Se retorció las manos, muy nerviosa.

—¿Sólo eran mujeres? ¿Nunca apareció un hombre? —Fe pregunté, al cabo de una larga pausa.

—Sólo mujeres. Una vez intenté seguir a una de las cobradoras. Cogí mi velomotor y partí en pos del lujoso automóvil. Pero otro coche, que debía seguir el primero, se arrojó sobre mí y me derribó, junto con el velomotor. Por fortuna, sólo sufrí unos arañazos. Pero sentí tanto pánico que no tuve ánimos para intentar lo mismo en las sucesivas ocasiones.

Diez minutos después, Kate se alzó de su taburete y dijo:

—Es la hora de abrir la tienda. Tengo que marcharme.

Pagué las consumiciones y salimos. Fuimos caminando hasta su tienda. Allí le tendí la mano y dije:

—Espero que hayan desaparecido sus recelos respecto a mí, Kate.

—¡Oh, no sabe cuánto lo siento, pero pensé...!

—Lo comprendo. Y voy a anticiparle algo: es muy posible que pronto dejen de verse obligados a pagar el canon de protección. Maninway y yo nos proponemos desenmascarar a los dirigentes de esa organización mañosa.

—En tal caso, cuídese mucho, Paul. Me disgustaría que le ocurriera algo malo. Ahora estoy convencida de que es usted un hombre honrado —dijo. Y sonrió cálidamente.

—Gracias —respondí. Y nos separamos.

Veinte minutos después, llamé por teléfono a Ted desde una cafetería.

—Tengo una noticia positiva para ti, Ted. Kate McKeller se ha sincerado conmigo. Tal como sospechábamos, una red de mafiosos se dedica a extorsionar a los pequeños comerciantes de la ciudad. Creo que la cabeza visible de la organización es Pat

O'Googan

. Si puedes hacerte con una foto de esa mujer, volveré a visitar a Kate y se la mostraré. Estoy seguro de que la reconocerá.

—Estupendo —respondió Maninway—. Yo también tengo una noticia para ti, pero por desgracia no es tan positiva.

—¿De qué se trata? —pregunté, poniéndome en lo peor.

—Han encontrado el cadáver de Nadine Desbrunes, nacida Edna Brown, en el foso de la planta de ascensores del hotel Langston —respondió.

CAPÍTULO VI

—Tómate eso. De un trago —me aconsejó Ted.

Bebí el *whisky*. Mi garganta ardió.

—Vas a pasar un mal trago, Paul —dijo Maninway.

—Ya lo he pasado —respondí con voz bronca—. A pesar de todo, le había tomado afecto a Nadine. Y ahora... ¡ese horrible y estúpido crimen! Porque yo estoy seguro de que no fue un accidente, como tratan de hacernos tragar.

Ted, me miró fijamente.

—Díselo al teniente Clapham, de la Sección de Homicidios. Estamos citados con él a las nueve de la noche, en la Morgue —dijo, como de pasada.

—¿Citados con Clapham y en el depósito de cadáveres? ¿Para qué?

Maninway se volvió de espaldas.

—Dije a Clapham que tú eras amigo de Nadine —confesó.

—¡Ted! —clamé, furioso—. ¿Por qué has hecho eso?

—Por diversas razones, pero te diré la primera: porque Clapham es un policía honrado e insobornable. ¿Quieres saber la segunda? Porque quiero tener un motivo para estar cerca del policía honrado e incorruptible. En cuanto a la tercera... Nadine no tenía parientes. Creo que su cadáver ha quedado... un tanto irreconocible. Es preciso que un testigo de confianza reconozca el cadáver. Y ese testigo de confianza puede ser un hombre que, como tú, ha gozado de su intimidad.

En aquel momento, odié a muerte a Maninway. ¡Forzarme a contemplar el cadáver de la infeliz Edna Brown...!

—Es algo imperdonable, bocazas —gruñí—. No me olvidaré de esto.

—Tómate otro trago, aún es temprano —respondió Ted con toda la tranquilidad del mundo.

Bebimos otros tres tragos antes de bajar a la calle.

Ted me condujo en su «Pontiac» azul hasta la Morgue.

Penetramos en un vestíbulo resplandeciente y un empleado nos condujo a la habitación donde nos aguardaba el teniente Rubén Clapham y un representante del fiscal del distrito.

Había imaginado que el teniente Clapham sería un hombre de mediana estatura, fornido y malencarado, pero no se parecía en nada a la figura que me había forjado de él. Era alto, delgado, cabellos rubios bien peinados, facciones juveniles y gafas graduables todo lo cual componía justamente el aspecto de un joven profesor o un intelectual bien situado.

Ted me presentó a los dos hombres y Clapham nos invitó a seguirles. Caminamos por un largo pasillo y penetramos en los frigoríficos.

Un empleado que vestía una bata tan elegante como la de un cirujano de élite nos condujo hacia un extremo de la amplia estancia y tiró del cajón número 335.

Luego retiró la sábana que cubría el cadáver y nos permitió verlo.

Al principio, creí que Nadine no había sufrido enormes destrozos en su rostro. La mitad izquierda de su cara tenía una expresión normal, casi se diría que estaba viva, a excepción de los ojos cerrados y los párpados morados.

Pero cuando el policía me tomó por un brazo y contemplé aquel rostro desde otra perspectiva, me sentí trastornado al comprobar que la mitad izquierda de su cabeza había resultado horriblemente aplastada.

Apenas pude pronunciar con voz estrangulada, ronca y sin matices:

—Sí, es ella: Nadine Desbrunes. Es decir, Edna Brown.

El empleado cubrió el cadáver con la sábana y empujó el cajón hacia su alojamiento.

Ted me tomó por el brazo y me sacó de allí, consciente de mi lamentable estado de ánimo.

En una pequeña oficina, me obligaron a firmar un documento. Luego el representante del fiscal se despidió y Clapham, Maninway y yo salimos a la calle.

—Vamos, Paul: un trago te sentará bien.

Me llevaron a un bar cercano y me hicieron tragar un doble de *whisky*. Luego el teniente me preguntó cuáles eran mis relaciones con Nadine.

—Díselo todo —me aconsejó Ted.

Vacíé, pues, mi alma en los oídos del teniente Clapham.

—Sé que no se trata de un accidente, aunque los del hotel Langston se empeñen en jurar que el accidente se debió a un fallo de los cierres de seguridad de la caja del ascensor, que se abrieron cuando Nadine los empujó y el ascensor se encontraba tres pisos más arriba. Yo sé que la mataron. E incluso podría pronunciar un nombre —dije, apasionadamente.

—Pronúncielo —me animó Clapham, que me escrutaba a través de los limpios cristales de sus gafas.

—Patrice

O'Googan

. Esa mujer dirige un grupo mafioso, dedicado a la extorsión —declaré. Y mencioné los nombres de una cincuentena de dueños de comercios amenazados por la organización.

Una débil sonrisa distendió los labios del teniente Clapham.

—No me haga reír, Falkney. Desde que trabajo en esta ciudad he visto aparecer una docena de denuncias contra esa mujer, Pat

O'Googan

. Aunque algunos policías de esta ciudad no parezcan muy interesados en investigar a

O'Googan

, otros hemos tomado en serio las denuncias. Pero no nos han llevado a ninguna parte. Por tanto, necesitamos algo más sólido.

—¿Más sólido que un asesinato? —Me encrespé.

Maninway se esforzó en apaciguarme.

—Cálmate, Paul. Por fortuna, el teniente comprende tu estado de ánimo. Y él tiene razón: necesita un dato concreto para lanzarse contra esa mujer. Tranquilízate. Ya veremos qué podemos hacer.

Nos despedimos de Clapham —en realidad, Ted le despidió en mi nombre— y volvimos al centro de la ciudad en el coche de Maninway.

—Me gustaría ofrecerte alojamiento, Paul, sobre todo en las actuales circunstancias, pero ya sabes que en mi apartamento no hay más que una cama. Ven conmigo a la oficina y ya decidiremos

algo —dijo el detective.

Cuando nos acercábamos al 400 de Limeside Park, vimos descender a Franklyn

O'Larney

de un espejeante y larguísimo «Lincon-Continental».

El millonario apenas supo disimular su asombro al verme llegar en compañía de Maninway.

—Es Paul Falkney, mi socio —me presentó Ted.

O'Larney

me dirigió una larga e inquisidora mirada.

—Le conozco. El señor Falkney gozó en otros tiempos de mi confianza. Me vi forzado a despedirle —pronunció, con dignidad.

No pude evitar una corta carcajada.

—¡Me vi forzado a despedirle! Diga mejor que no se detuvo hasta arruinarme —respondí, hiriente.

O'Larney

carraspeó, turbado. Ted parpadeó, nervioso, pues la escena era de una gran tensión.

—Bien, señor

O'Larney

. ¿Quiere que subamos? —exclamó, contemporizador.

Subimos en el ascensor Me desagrada respirar el mismo aire que el hombre que había arruinado mi carrera, pero me contuve por respeto a Ted.

Cuando llegamos arriba y

O'Larney

y Maninway penetraron en el despacho, yo me dirigí hacia el pequeño apartamento contiguo. Pero la voz del millonario me retuvo.

—Le ruego que asista a nuestra entrevista, señor Falkney. Siendo socio de Ted Maninway, lo que tengo que decirles atañe por igual a ambos.

Vacilé, pero Ted me animó con una mirada. Tomé pues una silla y me instalé a cierta distancia de ambos.

Luego

O'Larney

dijo sin preámbulos:

—Acabamos de recibir una comunicación telefónica. La persona

que hablaba anunció que tenía a Frank en su poder.

Exigen dos millones de dólares y yo estoy dispuesto a pagarlos. Pero la conversación se cortó cuando me disponía a comunicar mi decisión al desconocido comunicante. ¿Qué debo hacer?

Ted y yo cambiamos una mirada.

O'Larney

añadió:

—Mi esposa y yo estamos angustiados. Frank es nuestro único hijo y queremos recuperarlo vivo. Dos millones es una cantidad muy elevada, pero daría todo lo que poseo a cambio de la vida de mi hijo.

Su voz temblaba y sus ojos estaban brillantes, aunque era evidente que se contenía para evitar que brotaran las lágrimas.

—¿Qué me aconsejan? —preguntó, consultándonos a ambos con la mirada.

Dejó que Ted hablara. Expulsó el aire contenido en sus pulmones en un largo suspiro, miró a

O'Larney

y dijo, escogiendo cuidadosamente las palabras:

—Sé que es muy duro pedir a usted y a su esposa que esperen, pero eso es lo único que podemos hacer: aguardar hasta recibir una nueva comunicación de los secuestradores. Con toda probabilidad, en la próxima llamada le dirán cuándo y dónde tendrá que entregarse el rescate.

O'Larney

se pellizcó, muy inquieto, el labio inferior.

—Ustedes... ¿estarían de acuerdo en entregar ese dinero? —planteó.

Ted me consultó con la mirada.

—Por mi parte, haré lo que tú decidas. Eres mi jefe —manifesté.

—En tal caso nuestra respuesta es positiva, señor

O'Larney

Nos encargaremos de ese trámite. En el caso de que antes no ocurra algo que haga innecesario el pago de los dos millones de dólares.

—En cuanto a eso, preferiría que no tomaran iniciativas. Ahora tenemos la seguridad de que han secuestrado a Frank. No quiero que sus secuestradores se pongan nerviosos —opinó el millonario.

Dejó escapar una corta carcajada y exclamé con sarcasmo:

—¡Naturalmente! Para un hombre como usted es más fácil desprenderse de unos millones que esperar a que la policía o nosotros descubramos a los criminales.

Ted me dirigió una mirada de recriminación, pero O'Larney

no hizo ningún comentario. Yo me puse en pie.

—Si eso es todo, yo me marchó. Avísame si me necesitas, Ted. Estaré en la calle Lower.

—¿Por qué en la calle Lower? Podrías alojarte en un hotel —sugirió Maninway.

—¿En el hotel Langston, por ejemplo? —respondí, sarcástico—. ¿Para qué me arrojen al vacío como hicieron con Nadine?

O'Larney

me retuvo suavemente por un brazo.

—Quisiera hablar con usted, Paul —dijo.

—No creo que tengamos nada que hablar, al menos personalmente. Diga lo que sea a Maninway. El es mi jefe. Pero

O'Larney

insistió:

—Por favor: quiero hablar con usted.

Me dejé caer en la silla, hastiado. Y escuché lo que el millonario quería decirme.

—Me temo que cometimos un error con usted, Falkney. Le tomamos por un individuo perturbador y decidimos alejarle de nuestras empresas. Pero ahora he visto que usted está decidido a colaborar en el rescate de mi hijo... Y eso me obliga a reconsiderar mis convicciones anteriores. Un hombre que olvida el rencor y se decide a cumplir un servicio humanitario por encima de otras consideraciones, no puede ser un loco ni un simple agitador. Por otra parte, creo que le servirá de satisfacción saber que Harold Dimple ya no pertenece a ninguna de nuestras empresas. Descubrimos que había cometido numerosos desfalcos y le expulsamos.

Crucé los brazos, simulando indiferencia.

—Muy bien, pero aún no entiendo adónde va usted a parar —expresé.

—Que pienso rehabilitarle públicamente en cuanto termine este desgraciado percalce —respondió

O'Larney

—. Volverá, si lo desea, a la compañía

O'Larney

, se reincorporará a su puesto.

—Imagino que con la condición de que le devolvamos, sano y salvo, a su hijo —comenté, disimulando a duras penas mi turbación.

—No se puede hacer justicia con condiciones —declaró el millonario, sin disimular su tristeza—. Mantengo mi palabra: tanto si Frank vuelve junto a nosotros, como si... como si muere, le juro que usted será rehabilitado, Paul.

Me puse en pie.

—Es una gran noticia. ¿No puedes hacer nada para que la celebremos, Ted? —exclamé—. Podíamos tomar un trago, por ejemplo.

Pero Ted Maninway me dirigió una larga y dura mirada.

—Ya brindaremos cuando sea el momento adecuado, Paul —respondió, adusto.

CAPÍTULO VII

Volví a mi cuartucho de Lower Street.

Fue una suerte que decidiera pasar aquella noche allí, aunque los acontecimientos posteriores para nada se ajustarían a mis propósitos.

Como le había pagado el día anterior, el viejo míster Grisby me saludó con un movimiento de cabeza cuando crucé ante su cuchitril.

Subí y me dejé caer sobre el lecho.

En cuanto cerré los ojos, apareció ante mí la silueta fantasmal de Nadine.

A pesar de que mantenía los párpados apretados, podía contemplar sentada en aquella silla desvencijada, con las mejillas húmedas y protestando, angustiada:

«Pero ¡yo te amo, Paul! He cometido la estupidez de enamorarme de ti, de un tipo muerto de hambre».

Sí. Sin duda, Nadine se había enamorado de mí profundamente. Y yo me había limitado a rechazarla.

Me dolía ahora, sí. ¡Ya lo creo que me dolía!

Podía haberla alentado y protegido. Sobre todo, debía haberla protegido.

—Pero ya es tarde —murmuré obsesionado—. Ya no puedo hacer nada por ella.

¿O sí?

¿Valdría de algo poner orden en las cosas, averiguar la verdad, descubrir a sus asesinos?

Ella estaba muerta. ¿Qué podría importarle?

Seguía viéndola a través de los párpados obstinadamente cerrados. Ella estaba en la silla y dirigía hacia mí sus manos implorantes.

«Deberías enviarme una señal —pensé—. Envíame tu mensaje y yo sabré reaccionar». Me puse en pie de un salto, temiendo

volverme loco.

¡Nadine, Nadine, pobre Nadine...!

El fantasma había desaparecido ya. Del techo pendía la bombilla que desparramaba una pálida luz amarillenta.

Busqué una botella de *whisky*. La encontré. Estaba vacía.

Sentí deseos de estamparla contra la miserable bombilla, pero me contuve.

En aquel momento escuché el grito destemplado del usurero Grisby.

—¡Eh, señor Falkney! —Anteayer me había llamado «ese jodido Falkney»—. ¡Tiene una visita!

Oí unos pasos aplomados y crujieron las viejas y apolilladas maderas de la escalera. Fui a abrir la puerta, pues la escalera no tenía luz y mi visitante podía matarse fácilmente.

Un hombre regordete, moreno y patilludo llegó jadeante al descansillo, donde se detuvo para recuperar la respiración.

Cuando lo consiguió a medias, me miró y dijo:

—¿Es usted el señor Paul Falkney?

Asentí con el gesto y le invité a pasar. El hombre echó una ojeada a la tétrica habitación, arrugó el hocico al percibir el hedor a humedad y falta de ventilación y se volvió hacia mí, cuando yo cerraba la puerta.

—Soy Archie Howells —se presentó. Y añadió—: Camarero del hotel Langston. La señorita Nadine me dio un recado para usted. ¿La señal? ¿La señal que yo estaba esperando...?

—Fue esta mañana. Parecía angustiada y me dio esta carta. Me obligó a prometer que se la traería si le ocurría algún accidente. Por desgracia, como usted debe saber ya, la señorita Nadine murió esta tarde. Así que he decidido cumplir con su última voluntad.

Me quedé helado, con el sobre en la mano.

Busqué apresuradamente un billete en mi bolsillo y se lo ofrecí, pero el hombre lo rehusó, diciendo:

—La señorita Nadine me pagó espléndidamente por este recado, señor: nada menos que cincuenta dólares. No sería honesto cobrarle a usted también, compéndalo. Si no necesita nada de mí...

—Nada, gracias —respondí, distraído.

Ni siquiera advertí que se marchaba.

Al cabo de unos instantes abrí el sobre con cuidado. Al sacar la

hoja de papel que contenía, algo cayó al suelo: una llave, que recuperé en el acto. La carta era de Nadine y decía:

Querido Paul:

Creo que he cometido alguna equivocación y me temo que voy a pagarla muy caro. Si me ocurriera lo peor, debes saber que en Chase Bank de Stronberg Street hay una caja de alquiler a mi nombre, donde está depositada una importante cantidad de dinero e importantes documentos que revelarán quién ha atentado contra mi vida. Te adjunto la llave. Ten la seguridad, *mon cher*, que te quería de verdad. Pero cometí demasiadas equivocaciones en mi vida y temo que haya llegado el momento de pagar los errores.

Te ama apasionadamente, *Nadine*.

Lágrimas ardientes rodaron por mis mejillas, hasta el punto de impedirme ver las líneas que Nadine había escrito con una letra temblorosa e irregular.

—¡Nadine, *ma petite* Nadine! —murmuré, traspasado de emoción.

Una rabia sorda se apoderó de mí. Eché una ojeada a mi alrededor, pero no hallé ningún escondrijo para la carta y el aplastado llavín que encerraba los secretos de Nadine en una caja de alquiler del Chase Bank.

Apagué la luz precipitadamente y me lancé a la escalera.

Grisby seguía en su cuchitril. Miré a la hilera de oxidados buzones de correo colgados de la húmeda pared. Por un momento estuve tentado de introducir el sobre en mi buzón, pero súbitamente experimenté un impulso ferviente y golpeé el cristal de la cabina del viejo usurero.

Lancé el sobre a través de la ventanilla.

—¡Eh, míster Grisby! Guárdeme ese sobre. Lo recogeré mañana.

El viejo tomó el sobre doblado y lo colocó, con absoluto desinterés, en un casillero. Luego volvió a lo que estaba haciendo y me ignoró por completo.

Salí a la calle, decidido a tomar un taxi y trasladarme al 400 de Limeside Park, para entrevistarme con Ted Maninway urgentemente.

—El teniente Clapham exigía un argumento sólido para proceder contra Pat

O'Googan

—¡Yo se lo ofreceré! —murmuré, decidido a todo.

Consulté mi reloj. Eran las once de la noche.

No me sería fácil encontrar un taxi a aquellas horas. La calle Lower aparecía silenciosa y solitaria.

Caminé aprisa, embutido en mi barata gabardina de confección. Del cruce con la Avenida Landers llegó un gran automóvil gris plata. Concentrado en mis pensamientos, no advertí que el coche era un «Toronado»... como el de Nadine.

Oí a mi espalda el chirrido estridente de los frenos y me volví.

—¡Señor Falkney!

Una hermosa y altísima rubia, enfundada en un conjunto vaquero de cuero, acababa de bajar del coche y se dirigía hacia mí.

«Una mujer preciosa», aprecié, contemplando su armoniosa forma de caminar. Cuando estuvo a unos pasos, me extasié mirando sus bellos ojos verdes.

Se detuvo a un metro de mí, balanceándose sobre sus largas piernas. Sonreía encantadoramente.

—¿Sí? ¿Me conoce? —dije, desconcertado.

—Bueno, casi todo el mundo le conoce... desde que empezó a salir con Nadine —respondió, amable, la guapísima joven—. Supongo que se sentirá desolado por la muerte de la infeliz Nadine. Mis amigas y yo hemos decidido sufragar los gastos del solemne funeral en memoria de nuestra amiga y nos gustaría discutir los detalles con usted.

En aquel preciso instante reconocí el coche de Nadine.

¿Cómo había cometido aquella rubia de lujo la desfachatez de utilizar el automóvil de mi desgraciada Nadine...?

La sospecha surgió inmediatamente: la mujer que tenía a un metro de distancia debía ser una de las *chicas* de *madame* Pat O'Googan

—¿No viene, señor Falkney? —insistió mi interlocutora, sin perder la sonrisa.

Al comprobar mi indecisión, la rubia se volvió y exhaló un suave silbido. Las puertas del «Toronado» se abrieron y otras cuatro jóvenes, tan bellas como la rubia del traje de cuero, avanzaron hacia mí.

Sonreían angelicalmente, como si propusieran invitarme a un divertido y placentero *party*.

Todas ellas eran altas, esbeltas y atléticas. Y los conjuntos deportivos que vestían acentuaban su esbeltez y su elegancia.

—He ahí *Los Ángeles de Charlie* en versión corregida y aumentada —exclamé, divertido.

Mi rubia volvió a insistir.

—Vamos, señor Falkney. Mis amigas comienzan a impacientarse. En aquel momento, no sentí ningún miedo.

Un ápice de mis sentimientos machistas latían en mi pensamiento:

«¿Qué daño podrían hacer estas chicas tan delicadas a un hombre de ochenta kilos de peso, atlético y bien musculado? Si quieren forzarme a acompañarles, nos divertiremos un rato», me regocijé.

Las cuatro últimas jóvenes se detuvieron y formaron un semicírculo a mi alrededor.

—No sea grosero, señor Falkney. Hacer esperar a cinco damas es una imperdonable falta de educación —observó, severamente, una juncal morenaza de rasgos asiáticos, cuyos blancos senos asomaban tentadores, a través de su chaquetón de cuero salvaje a medio abotonar.

—Se ha quedado mudo... de admiración —comentó una fantástica pelirroja, que vestía un maillot violeta, «calentadores» de delicada lana y una ajustada cazadora de tricot.

—¿Viene o no? —repitió la rubia, impaciente.

Dominando el nerviosismo que me producía la presencia tan próxima de aquel ramillete de guapas muchachas, saqué un paquete de cigarrillos y encendí uno.

Aún no había dado la segunda chupada, cuando una pequeña bota me golpeó salvajemente en la entrepierna.

Estuve a punto de tragarme el cigarrillo. Grité, jadeé y me debatía en violentas arcadas.

Incapaz de reaccionar, me sentí llevado en volandas calle adelante.

Un momento después penetrábamos en el maloliente zaguán del número 21 de Lower Street.

Mientras dos de aquellas preciosas muchachas me sujetaban por

las axilas, otras dos examinaron los buzones colgados de la pared.

Pude ver cómo una de ellas manejaba un destornillador y manipulaba en mi buzón. En breves segundos, el buzón quedó descerrajado, mostrando su vado interior.

En aquel momento, Grisby tuvo la malhadada idea de asomar su nariz de hurón a través de la ventanilla de su cuchitril.

—¡Oigan! —gritó—. ¡Pero qué se creen que están...!

No puedo decir más, porque la formidable pelirroja le aplastó una mano sobre el rostro y le impulsó tan salvajemente hacia atrás, que el infeliz Grisby salió proyectado contra el fondo de su cubículo, golpeó secamente contra un viejo perchero y cayó al suelo, exánime.

Intenté liberarme aprovechando la confusión, aunque debatiéndome en una angustia interminable. Di un tirón de un brazo, pero la respuesta fulminante fue un seco golpe en la nuca que me envió pesadamente al suelo.

Me debatía entre las brumas de la inconsciencia, cuando escuché la voz de la rubia:

—Traedlo arriba. Vamos a registrar su madriguera hasta el último rincón.

Mis pies chocaron rudamente contra los peldaños de la vieja escalera. Llegados arriba, me dejaron caer de bruces al suelo.

Quizá me rebullí inconscientemente, porque un afiladísimo tacón se clavó en mis riñones, obligándome a chillar.

—No te muevas de ahí, donjuán, o te perforaré los riñones —me amenazó alguien a quien yo, desde luego, no podía ver.

Imagino que debieron poner patas arriba los pobres y escasos enseres de mi habitación. Aunque de forma lejana, pude oír el estrépito de unos muebles destrozados, el rasgar de tejidos y el ruidoso rodar de pequeños objetos sobre el pavimento de madera de mi cuartucho.

—Aquí no hay más que polvo, suciedad y moho —dijo una cuidada voz femenina.

—Buscad bien. Es muy importante. Pat tiene la sospecha de que Nadine hizo llegar algún mensaje a este tipo. Recordad que la llave de su caja de alquiler ha desaparecido. ¡Buscad de nuevo...!

No sé cuánto trascurrió hasta que, de nuevo, me arrastraron sin miramientos peldaños abajo.

Poco a poco iba recobrando el sentido y la noción de las cosas. Respiraba profundamente, me esforzaba en dominar mi ritmo respiratorio, como eficaz sistema para vencer las intensas náuseas y el dolor que brotaba a oleadas desde mis genitales lastimados.

Al llegar al sucio vestíbulo, se detuvieron.

—Vamos, no os detengáis. Podría llegar alguien de improviso y complicar las cosas tontamente.

—Pero ese viejo del cuchitril está removiéndose en el suelo.

—¿El viejo? ¡Es inofensivo! ¡Vamos! Llevad a Falkney al coche.

Me sentí arrastrado hacia la calle y un soplo de viento helado acarició mi rostro. Las mujeres que me arrastraban jadeaban. El peso de mi cuerpo debía ser excesivo para ellas.

Fue ya muy cerca del «Toronado» gris plata cuando intenté escapar a la desesperada. Para entonces, estaba convencido ya de que aquello no era ningún juego de niños, ni las preciosas muchachas que me habían atacado eran delicadas damiselas.

Todavía me hacía el muerto, cuando la rubia abrió una portezuela trasera del coche. Llené mis pulmones de aire, di un violento tirón y las dos chicas que me sujetaban salieron disparadas hacia adelante y golpearon secamente contra las planchas del vehículo.

Por desgracia, mi impulso fue tan violento que yo también caí al suelo, de bruces. Antes de que hubiera reunido las fuerzas suficientes para incorporarme, tres furias cayeron sobre mí y me aplastaron con su peso.

Unas manos finas y delicadas apretaron salvajemente mi yugular y mi carótida. Enseguida me sentí desvanecer.

Sentí unas dolorosas punzadas en mi cerebro. Luego ya no sentí nada.

CAPÍTULO VIII

Me despertaron las risas y las alegres exclamaciones femeninas.

Abrí los ojos y dirigí una larga mirada a mi alrededor. Me encontraba en una habitación que, a primera vista, juzgué como celda de manicomio: un cubículo de apenas tres por tres metros, con las paredes acolchadas y una pequeña puerta, disimulada en el tapizado de gomespuma y curpiel.

Mi lecho era un simple colchón elástico. No había nada más a la vista, excepto la ventana enrejada situada por encima de mi cabeza.

Me incorporé despacio. Estaba completamente desnudo. Mis ropas no estaban a la vista.

¿Por qué me habían desnudado?

«Quizá sea un nuevo tratamiento de tortura», deduje, con una pizca de humor.

Palpé mi cuerpo, desconfiado.

No encontré hematomas u otros traumatismos. Mi malestar anterior había desaparecido por completo.

Ahora sólo experimentaba desconcierto, estupor y... hambre.

Era de día, a juzgar por la luz clara que penetraba a través de la ventana enrejada.

Al oír de nuevo risas femeninas y alegres voces, me asomé.

Mi respiración se cortó súbitamente.

Mi ventana daba a una gran piscina cubierta y climatizada. Y en la piscina se estaban bañando, entre juegos y risas, cinco espléndidas mujeres, totalmente desnudas.

Allí estaba la alta y esbelta rubia —rubia auténtica, estaba a la vista—, la rotunda pelirroja, la deliciosa jovencita de rasgos orientales, la morena del cabello cortado a *lo garçon* y otra espléndida joven de cabellos castaños muy claros, que poseía una escultural figura y unos senos de envidiable volumen y turgencia.

Viéndolas en la piscina, entregadas a sus juegos y bromas,

podría juzgárselas como jovencitas descocadas y frívolas que se desahogan en la intimidad.

Pero yo recordé en aquel momento los temibles golpes recibidos la noche anterior. No eran ángeles precisamente, sino peligrosísimas diablas.

¿Qué se proponían hacer conmigo exactamente?

Calculé que debían ser las doce del mediodía o poco más. A través de las cristalerías de la piscina climatizada penetraban los chorros de un sol espléndido y dorado. Más allá, se veían pistas de tenis, una pradera dilatada y, hacia el fondo, unas colinas verdes y boscosas.

Se trataba, sin duda, de una finca de recreo en pleno campo. Pero ¿a qué distancia de la ciudad?

Los contornos me resultaban por completo desconocidos. Tanto podía encontrarme a quince como a doscientos kilómetros de la ciudad.

Allá abajo, las chicas de *madame*

O'Googan

segúan retozando alegremente. Eran perfectas. Ni un solo defecto pude hallar en sus jóvenes y maravillosos cuerpos, rebosantes de salud y de belleza.

Comenzaba a enardecerme ante el espectáculo y me aparté, malhumorado, de la ventana.

¿Otra forma de tortura, quizá?

Palpé los muros. Inútil. Bajo el acolchado, la pared era firme y dura.

En la puerta, hallé una diminuta mirilla disimulada entre los dibujos del acolchado.

Unos pasos resonaron al otro lado de la puerta. Permanecí allí unos segundos más y al advertir que los pasos se acercaban volví a la ventana y me dejé caer en el lecho.

Los pasos se detuvieron. Transcurrieron unos segundos.

Yo permanecía absolutamente inmóvil, tendido en el colchón y con los párpados entornados.

Se oyó luego el leve chirrido de un cerrojo. La puerta se abrió lentamente.

A través de las rendijas de mis párpados, vi aparecer dos cabezas femeninas.

—Todavía está dormido —susurró una de ellas.

—Sí, aún permanece bajo el efecto del sedante —habló en el mismo tono la otra.

—¿Le despertamos para traerle la comida?

—Después. Primero tenemos que alimentar a Frank.

Habían abierto la puerta hasta la mitad y me contemplaban fijamente.

Eran dos jovencitas muy atractivas, delgadas y esbeltas, que vestían «buzos» azules, muy ajustados, los que les daba aspecto de modelos de alta costura.

No parecían muy peligrosas. ¡Eran tan jóvenes...! Si me daban una oportunidad, saltaría sobre ellas y las reduciría. Y en esta ocasión no me andaría con miramientos.

—Es un hombre muy atractivo, ese Falkney —susurró una de ellas—. ¡Y tan fuerte!

La otra le dio un codazo sin rigor.

—No te hagas ilusiones con Falkney, tonta. No durará mucho tiempo aquí.

—Está bien. Vamos a alimentar a Frank.

—Tienes razón. Tenemos que mimarle. Frank vale mucho dinero. ¡Vamos, sal!

Tuve que hacer un soberano esfuerzo de voluntad para no saltar sobre ellas antes de que la puerta se cerrara.

¿Cuándo tendría otra oportunidad?

La puerta estaba cerrada y los pasos se alejaban.

Me puse en pie de un brinco, corrí hacia la puerta y pegué mi oreja al tapizado.

Oí el chirrido de un cerrojo y luego la voz descompuesta de un hombre.

—¡... que no puedo aguantar un minuto más! ¡Quiero salir de aquí!

El corazón me dio un vuelco.

—Tiene que ser Frank

O'Larney

—murmuré.

Seguí escuchando, ávidamente. Mas todo rumor cesó enseguida. Los pasos se alejaron y el pasillo exterior quedó en silencio. A través de la ventana me llegaban los grititos y risas de las «protectoras» de

madame
O'Googan

Me sentía como sobre ascuas. Ahora ya no tenía ninguna duda sobre la identidad de los secuestradores del heredero de Franklyn O'Larney

: *madame* y sus peligrosas chicas.

Una de aquellas jovencitas de aspecto ingenuo me había dado la primera pista concreta.

«Tenemos que mimarle. Frank vale mucho dinero», había dicho.

Naturalmente que valía mucho dinero. Dos millones de dólares, exactamente.

Una gran excitación se apoderó de mí. ¿Qué podría yo hacer para salir de allí? Si lo conseguía, la liberación de Frank

O'Larney

sería un hecho. Y su padre se ahorraría pagar dos millones de dólares.

Me acerqué de nuevo a la ventana basculante y probé la solidez de la reja. Los barrotes eran gruesos, macizos. Imposible escapar por allí.

La solución estaba en sorprender a aquellas muchachitas del buzo celeste y los cabellos atados en una coleta.

No podía hacerme muchas ilusiones. Una de aquellas jovencitas había dicho: «No te hagas ilusiones con Falkney, tonta. No durará mucho tiempo aquí».

Una frase muy expresiva. Probablemente, *madame* se proponía eliminarme sin miramientos.

En tal caso, ¿qué esperaban?

Seguí allí, apostado en la ventana y considerando tristemente mi situación. La noche anterior no le había dado ninguna importancia a la llegada de aquellas beldades que ahora retozaban en la piscina. Mi presunción masculina me había perdido. Si no hubiera confiado tanto en mi capacidad física ahora no me encontraría en una situación tan crítica.

En alguna parte resonó el claxon de un automóvil.

Las bañistas cesaron en sus gritos y nadaron hacia el borde de la piscina.

—¡Es Pat! ¡Acaba de llegar! —gritó la pelirroja, excitada.

En efecto, un momento después vi cruzar la pradera un gran sedán gris oscuro. El automóvil desapareció tras una larga construcción situada a la izquierda.

«Estaban esperando a ese marimacho —deduje—. ¿Qué ocurrirá ahora?».

Me esforcé en serenarme. Debía cavilar un plan de escape, para el momento en que la ocasión se presentase.

Probablemente vendrían a traerme comida, ya que, al parecer, aún no había llegado mi última hora.

Si trataba de sorprenderlas ocultándome tras la puerta sospecharían, pues lo más probable sería que previamente dirigieran una mirada a mi celda a través de la mirilla.

«No. Debo permanecer sobre el colchón, aunque puedo separarlo un poco de la pared, de forma que la distancia hasta la puerta se acorte», pensé.

Separé medio metro el colchón de la pared. Con ello, de un salto bien calculado caería sobre la persona o personas que penetrasen en mi celda.

Decidido a llevar a la práctica aquel minucioso y estudiado plan, aguardé.

En la piscina habían cesado los grititos y las risas. Me asomé y comprobé que no había nadie en la piscina: las «pupilas» se apresuraban a recibir a *madame*, según deduje.

Pasó el tiempo con desesperante lentitud. Debían ser más de las dos de la tarde cuando escuché pasos en el exterior.

Inmediatamente me dejé caer sobre el lecho, en la actitud del que duerme profundamente. Poco después una voz viril ordenaba:

—¡Abrid!

Puse mis músculos en tensión. Se oyó el leve roce de un cerrojo de seguridad y enseguida el chasquido de la puerta al abrirse.

Una de las jovencitas de coleta apareció en la habitación. Ya iba a saltar con todas mis fuerzas, cuando un gruñido sordo me detuvo.

Encogido el estómago, miré al enorme perro que acababa de penetrar en la celda. Era un gran danés de colosal alzada, pelaje negro y poderosas mandíbulas, que no debía pesar menos de noventa kilos. Su pelaje estaba erizado y gruñía sordamente, dispuesto a lanzarse sobre mí.

La persona que lo sujetaba de la trailla era... Pat

O'Googan

Vestía un traje gris, enteramente masculino. Zapatos viriles, pantalón, chaqueta cruzada y un jersey grueso sobre su pecho casi plano. Sus cabellos, de un rubio desvaído, estaban tirantemente peinados hacia atrás.

«Enteramente un marimacho», pensé, irónico.

El perro gruñía amenazador, pero ella le mantenía firmemente sujeto.

—¡Quieto, «Barrabás»! Estoy segura de que el señor Falkney será prudente —exclamó, segura de sí misma.

Se volvió a una de las jovencitas y gruñó:

—Traed sus ropas al señor Falkney. Siempre me ha molestado la contemplación de un hombre vestido, cuanto más desnudo. Es una visión horrenda —dijo.

—Lo comprendo —respondí, con toda la ironía del mundo. Pero el formidable «Barrabás» hizo intención de largarme una tarascada y opté por callar.

Me sentía muy ridículo completamente desnudo, ante aquella mujer hombruna y las deliciosas jovencitas, casi adolescentes, que la acompañaban.

Una de ellas trajo mis ropas. Me vestí en un santiamén, ansioso por ocultar mi desnudez.

Y en cuanto estuve vestido me sentí más seguro de mí mismo.

Pat

O'Googan

me lanzó una mirada, insistente, calculadora.

—¿Hasta cuándo cree usted que podrá resistir, señor Falkney? —pronunció con voz ronca.

—¿Hasta cuándo creo...? No comprendo a qué se refiere, señora.

—¡No me llame *señora*! —Se encrespó—. Para todos soy Pat, simplemente.

—Como prefiera —respondí, sumiso.

—No intente interpretar un rol que no le corresponde, Falkney. Sabe que me interesa recuperar un pequeño llavín.

Corresponde a una caja de alquiler del Chase Bank. ¿Dónde está?

—Lo ignoro. Sus pupilas han debido registrarme a conciencia.

No tengo ni idea.

—¡No me haga perder el tiempo! Sospecho que Nadine le envió esa llave. Si me la entrega le dejaré marchar. Al fin y al cabo, usted no puede causarme ningún daño. —Estoy seguro, Pat. Usted no es mi tipo— me atreví a bromear.

Palideció.

E impulsada por la ira, gritó:

—¡A por él, «Barrabás»! ¡Destrózale!

Soltó al danés y aquel perro tan alto como un borriquillo saltó sobre mí. Me incliné vertiginosamente y agarré el colchón de gomespuma. La primera tarascada de las enormes mandíbulas arrancó un gran pedazo de materia esponjosa del colchón.

Protegido tras de éste, empujé al formidable «Barrabás» contra el muro. De un manotazo, le agarré por el collar, tiré de él furiosamente y derribé al animal.

Antes de que «Barrabás» hubiera conseguido reaccionar me dejé caer sobre él con todo mi peso. Esperaba escuchar el crujido de sus costillas rotas, pero ¡ca! Aquel bicho debía poseer una resistencia formidable, porque se revolvió como una fiera salvaje y trató de alcanzarme con sus dentelladas. Y casi lo consiguió, porque sus largos colmillos como alfanges destrozaron la manga de mi chaqueta.

Traté de sujetarle rodeándole con mi brazo por el cuello, pero aquel animal tenía más fuerza que yo y ambos rodamos violentamente por la reducida habitación.

De pronto me llegó la inspiración. Aun a riesgo de recibir una dentellada, avancé mi mano derecha y clave mi índice y mi pulgar en sus ojos.

Fue un trabajo hecho a conciencia. Barrené y barrené sus globos oculares hasta que la sangre saltó a chorro.

Entonces solté a «Barrabás» y me incorporé, jadeante.

El animal, completamente cegado, saltó hacia adelante y se golpeó fuertemente en la pared. Luego, gruñendo horribilmente, fue de un lado a otro, haciendo sonar de forma espeluznante sus mandíbulas.

Pero ahora era inofensivo. Destrozados sus ojos, «Barrabás» embestía ciegamente, desconcertado.

Las dos jovencitas habían retrocedida, asustadas, hacia la puerta.

Pat

O'Googan

, estupefacta, permanecía en el rincón, contemplando incrédula la sangre que seguía manando de los ojos de «Barrabás».

En aquel momento alguien llegó a la carrera. Era la esbeltísima rubia, que asomó la cabeza en la puerta y gritó:

—¡Pat, hay un coche de la policía!

CAPÍTULO IX

Di un salto y agarré al marimacho por el cuello.

—¡Dejad sitio! —grité—. ¡Abridme paso o romperé el cuello a Pat!

Aun no acababa de gritar mi amenaza, cuando me sentí vertiginosamente elevado en el aire.

Demostrando unos reflejos tan sorprendentes como un vigor muscular, el marimacho había arqueado su espalda con furia y me proyectó contra el muro por encima de su cabeza.

Caí a tierra, dolorido, roto y humillado, incapaz de realizar el menor movimiento.

Pat impartía ya sus órdenes.

—¡Rápido! Llevad a Falkney al sótano. Y haced lo mismo con Frank. Llevaos el perro de aquí. Yo iré a recibir a la policía.

Escapó como una furia de mi celda y tres mujeres cayeron sobre mí. Fue la única vez en mi vida que me repugnó el delicado aroma que exhalaban sus cuerpos.

Mientras las jovencitas de las coletas me reducían dolorosamente —manos a la espalda y unos pulgares salvajemente hincados en mi laringe—, la rubia sacó un estuche de inyecciones y me pinchó en la espalda.

La luz huyó de mis ojos y caí en un pozo profundo.

Cuando regresé a la vida, la oscuridad seguía rodeándome.

Palpé tímidamente el suelo y lo hallé rugoso y húmedo. Me encontraba encerrado en un sótano, sin duda.

Recordé súbitamente lo ocurrido en mi celda y la esperanza me dio ánimos.

«Probablemente el policía era el teniente Clapham. Si es él, no se marchará de aquí sin registrar cada rincón de esta residencia campestre. Pat no conseguirá engañarle fácilmente».

La oscuridad era absoluta. Decidido a establecer, al menos, las

dimensiones y características de mi encierro, me puse de pie y seguí el muro, palpando la húmeda y fría superficie con precaución.

Habría avanzado unos cuatro metros, cuando tropecé con algún invisible obstáculo y caí violentamente al suelo.

Me levanté, rezongando maldiciones y palpé a mi alrededor.

Mi sangre se enfrió cuando palpé unas piernas.

—¡Un cadáver!

No era un cadáver, sino el cuerpo de un hombre desvanecido.

Recorrí con mis manos su cuerpo hasta que llegué a cierta zona excusada. El hombre estaba completamente desnudo.

Me acerqué y puse mi rostro cerca del suyo. Respiraba profundamente, aunque el rumor de su respiración era mínimo. «¿Quién será este infeliz?». Le abofeteé suavemente.

Se oyó una tos fuerte, seguido de un reniego.

—¿Quién...?

—Calle, amigo: no tiene nada que temer. Yo soy Paul Falkney — dije. Y me sentí muy ridículo—. ¿Y usted, qué hace aquí?

De repente, comprendí que mi pregunta resultaba ociosa. Aquel hombre sólo podía ser... Frank

O'Larney

.

Era

O'Larney

, que volvió en sí lentamente. Tiritaba de frío.

Me quité mi chaqueta y le ayudé a ponérsela.

—Gracias —murmuró—. Usted debe ser el tipo que trajeron anoche.

—Sí. ¿Qué le han hecho, Frank?

—¡Malditas zorras! Si salgo de ésta...

—No lance inútiles bravatas. Nos encontramos en una situación muy difícil. Ojalá sea Clapham el policía que llegó en su coche hasta aquí. Si es él, probablemente estamos salvados. Pero si no es así...

Clamé, abrumado.

Frank seguía tosiendo secamente.

Me compadecí de él nuevamente y le dejé mis pantalones, pues el muchacho parecía haber pillado una pulmonía. Yo me quedé con un simple *slip*, mi camisa y un chaleco de tricot.

No llegaba el menor rumor hasta nosotros.

—Bien, ¿qué le pasó? —insistí.

—Me dijo que se había encaprichado de una chica francesa llamada Nadine. Nadine le había llevado varias veces a un edificio de las afueras, donde habían hecho el amor en un apartamento de lujo —se trataba, sin duda, del Merrivale Building.

—Después me presentó a Patty, una rubia escultural. Bueno... me dejé llevar por el desenfreno. Cada día me acostaba con una hermosa y elegante mujer. Una tarde apareció ese tipejo llamado Pat. Me mostró unas fotos en las que se me veía con toda claridad... en la cama, desnudo, y en compañía de una de esas zorras. Me estuvo chantajeando desde septiembre. Hasta que me negué a seguir pagando. Sabía que mis padres iban a llevarse un gran disgusto, pero peor era seguir sometido a la eterna extorsión. Y entonces me pusieron una inyección y me trajeron aquí. Tengo entendido que han pedido una fuerte suma a mi padre, a cambio de mi vida.

Asentí con un gesto, aunque Frank no podía verme.

—¿Y luego?

—Me trajeron aquí. Han estado burlándose de mí constantemente, humillándome. Esas mujeres se paseaban constantemente ante mí, desnudas, provocándome. Me volvían loco, me excitaban hasta el paroxismo... Y cuando trataba de tomar a una... me arrojaban un cubo de agua helada encima. Eso es lo que han estado haciendo durante ocho o diez días, ya he perdido la cuenta —relató.

—Unas zorritas muy peligrosas, según veo —comenté.

Le conté el motivo de mi estancia allí. Cuando Frank supo que un coche de la policía había llegado a la residencia campestre, el muchacho se sintió más animado.

Pero enseguida volvió a decaer. Tosía, cada vez con mayor violencia. Le toqué la frente: tenía una fiebre muy alta.

Me sentí movido a compasión, seguro de que Frank podía morir si rió recibía a tiempo la imprescindible asistencia médica.

Era evidente que la prolongada estancia en aquel húmedo y helado sótano había afectado a sus vías respiratorias.

En aquel momento escuchamos un fuerte rumor metálico, próximo.

Súbitamente, una potente luz nos cegó.

—Sencillamente enternecedor —pronunció una voz femenina—. Venga hacia acá, Falkney.

Un foco potente me deslumbraba. Pero avancé hacia él sin dudar.

Unas manos me aferraron de improviso y retorcieron mis brazos a la espalda. En medio de mi confusión, me sentí zarandeado con violencia. Me estaban poniendo algo, una prenda de tacto rugoso... ¡Una camisa de fuerza!

Salí del sótano a empujones y me empujaron hacia una escalera. El foco que me había deslumbrado era una linterna muy potente, que empuñaba una de las «protectoras».

Me llevaron a un gran salón, lujosamente decorado con muebles caros, alfombras y pieles de animales salvajes. Había una gran chimenea al fondo, donde lucía un alegre fuego de troncos.

Pat

O'Googan

estaba allí, extendidas sus largas piernas hacia el fuego y cómodamente instalada en un sillón forrado en cuero crudo. A sus pies estaba «Barrabás», con sus ojos cubiertos por una gran venda blanca.

—Siéntese, Falkney —ordenó Pat.

Me indicaba un sillón, situado a cinco pasos de distancia del suyo. Al verme vacilar, alzó algo que tenía en el regazo: una pistola-ametralladora

M-10

, vulgarmente llamada «Marietta».

—¡Siéntese! —bramó.

Y el cañón de la

M-10

enfiló mi cabeza. Vi que su dedo índice se apoyaba rígidamente sobre el gatillo y obedecí.

Cinco hermosas mujeres ocuparon asientos a cierta distancia de nosotros.

—¿Y Clapham? —pregunté tontamente.

—¿Clapham? —Pat seguía apuntándome con su temible arma—. ¿A quién se refiere?

—Al teniente Rubén Clapham, de la Sección de Homicidios. ¿No era él el policía que vino a visitarles?

Por primera vez, Pat dejó escapar una carcajada. Su risa era áspera, gorgoteante, muy desagradable.

—No sea ingenuo, Falkney —se burló—. En efecto, llegó un coche auto-patrulla. Pero eran policías de tráfico. Me pusieron una pequeña multa de veinte dólares por rebasar la velocidad autorizada, cuando venía hacia aquí.

Su declaración me dejó en la desesperación más profunda. Mi última esperanza se había esfumado.

—Y ahora, Falkney —dijo el marimacho, alzando su metralleta —, quiero que me cuente todo lo que sabe.

Le conté todo lo que me pareció, amañando verdades y mentiras en inteligente mescolanza.

—En resumen: Ted Maninway me buscó porque sabía que Nadine y yo éramos amigos. Buscábamos a Frank

O'Larney

y miren por dónde he venido a parar al lugar donde le mantienen prisionero —relaté.

—¿Y la llave de la caja de alquiler de Nadine?

—No sé nada al respecto. No volví a ver a Nadine desde que rompí con ella —declaré.

Pat me miró venenosamente.

—Parece una bonita historia. Incluso yo me siento inclinada a creerla, Falkney. Pero algo me dice que oculta algo importante. Si no confiesa todo lo que sabe, mañana, al amanecer le llevaremos a Forest Lagoon, después de que mi querida Patty —dirigió una cariñosa sonrisa a la rubia— le haya inyectado una inyección paralizante. No tema: la inyección es inocua. Usted conservará el conocimiento, pero no podrá gritar ni moverse. Le dejaremos oculto al borde de la laguna. Mañana se levanta la veda de las especies lacustres y Forest.

Lagoon se llenará de cazadores ávidos de cazar. Dejaremos junto a usted un pequeño magnetófono que imita prodigiosamente los graznidos de los ánades. ¿Imagina lo que le ocurrirá, Falkney?

Claro que podía imaginármelo. Mi cuerpo quedaría convertido en una criba. A pesar de lo cual, insistí en que no sabía nada más y que, por tanto, no podía añadir nada a lo que había declarado.

Pat

O'Googan

alzó la «Marietta» con lentitud. En sus ojillos azulencos había un brillo peligroso.

De repente, el cañón de la metralleta comenzó a escupir fuego.

Los estampidos resonaban como trallazos en el gran salón y yo me encogí en mi confortable sillón.

Luego, al sentirme indemne, bajé la mirada y vi a «Barrabás», acribillado a balazos. El enorme can se desangraba junto a la hoguera.

—¿Por qué, por qué lo ha hecho? —clamé, lívido de horror.

—Si no he sentido el menor remordimiento al disparar contra mi perro favorito, imagínese lo que sentiré al disparar sobre usted, Falkney —pronunció Pat, helada la voz. Dejó escapar una carcajada estridente y añadió—: Pero no tema: no pienso matarle aquí. Me repugna verter sangre humana... aunque sea de un hombre. A «Barrabás» lo he matado por compasión. Mi veterinario estuvo aquí esta tarde. Curó el animalito con todo esmero, pero me dijo que *Barrabás* jamás volvería a ver. Y en tales circunstancias...

Miró a Patty y ordenó secamente:

—Devolvedle al sótano. Al amanecer le dejaréis en Forest Lagoon.

—¿Y Frank? ¿Qué piensan hacer con él? Ese chico precisa inmediata ayuda de un médico, pues creo que ha pillado una pulmonía. Podría morir esta misma noche, si no le hospitalizan con urgencia —expuse.

Pat frunció el ceño en una mueca desdeñosa.

—Me tiene sin cuidado que ese muchacho muera. He acordado con su padre que deberá entregarnos el dinero mañana. Una vez el dinero en nuestro poder...

De pronto me sentí invadido por la furia.

—¡Es usted una bestia maligna, Pat

O'Googan

! Su aberración sexual ha debido alterar su equilibrio mental. Sólo es una pobre loca que odia a los hombres. Y probablemente también a las mujeres, aunque se sirva de ellas para sus fines —grité con todas mis fuerzas.

Sonrió cínicamente.

—Señor Falkney, yo dirijo una organización que agrupa a doscientas mujeres, todas las cuales tienen las ideas muy claras

respecto a sus fines últimos: emanciparse, liberarse para siempre del yugo masculino. Poseemos grandes edificios, varias empresas, fincas campestres, sólidas cuentas e inversiones. ¿No comprende que sus insultos me resbalan? —respondió cínicamente.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Ya veo. Usted no necesita a los hombres y pretende utilizar a estas fanáticas jóvenes para cumplir su utopía. Y todo ello sin reparar en utilizar medios como la prostitución, el chantaje, la extorsión, el secuestro e incluso el crimen...

Miré una por una a las hermosas muchachas que me rodeaban, crispadas.

—Ella os mima ahora —dije, con voz tremante—, pero os aseguro que os sacrificará si llega la ocasión en que se vea perdida.

—¡Cállese! —bramó Pat, fuera de sí—. ¡Lléváoslo!

Patty cayó sobre mí como una pantera.

No había visto que llevaba una fusta en la mano, pero el trallazo que recibí entre la mejilla y el cuello me convenció de que yo había ido demasiado lejos en mi provocación.

No hice nada por defenderme. Caído en el suelo, recibí una tanda de salvajes cintarazos.

Mi sangre manchó una preciosa alfombra persa y mi camisa ensangrentada dejó un leve rastro rojo sobre el *parquet* del salón.

Unos minutos después me arrojaban al sótano de un empujón.

Frank

O'Larney

tosía secamente, allá en lo más profundo de las tinieblas.

De todas formas, aún tuvo fuerzas para arrastrarse hacia mí, palpar mi cuerpo y mancharse sus manos con su sangre.

—¡Dios mío! —Le oí murmurar—. ¿Está herido, Paul?

«No tiene importancia —pensé para mí—. Lo peor llegará mañana, al amanecer». Pero aún quedaban muchas horas hasta que llegase el nuevo día.

—Quítame esta camisa de fuerza —pedí a Frank.

CAPÍTULO X

Permanecí largos minutos tendido en el suelo, respirando con estertores, haciendo un esfuerzo por contener los gemidos para no asustar a Frank.

Luego olfateé repetidamente el aire.

—Huele... ¡huele a tabaco, a cigarrillos! —exclamé.

Frank carraspeó.

—Encontré un paquete de cigarrillos en los bolsillos de su chaqueta y me permití fumar uno, para intentar calmar mi tos. Lo siento, tal vez no debí. —No seas tonto, hijo— le recriminé.

—Le estoy muy agradecido, Paul. Se ha quedado casi desnudo por cederme parte de sus ropas. Va a enfriarse y se pondrá tan enfermo como yo. No debí...

—¿Quieres dejar de disculparte? —clamé, impaciente.

Reflexioné.

Si Frank había encendido un cigarrillo, eso significaba que había encontrado algo con qué encenderlo.

—¿Tienes mi mechero?

—Sí. He echado una ojeada a este sótano durante su ausencia, pero no tenemos escapatoria. Al fondo hay un montón de viejos muebles y enseres de desecho. No hay ninguna ventana. La única puerta es metálica, muy sólida. No podremos escapar. Cuando usted se marchó con esas zorras todavía tenía esperanzas. Usted habló de un policía. ¿Qué ha sido de él?

—Nada —rezongué, rabioso—. No era el hombre que yo esperaba, sino los agentes de un coche patrullero que venían... a ponerle una multa de veinte dólares a Pat

O'Googan

Déjame ese mechero.

Frank palpó mi brazo y puso el mechero en mi mano.

Lo encendí.

El sótano era tan extenso que la débil llama del mechero no alcanzaba a iluminar el fondo. La estancia tendría unos treinta metros de longitud por ocho de anchura. El techo era muy bajo. Tanto que yo podía tocarlo con mi brazo extendido. Pero las vigas y forjados de hormigón parecían inexpugnables.

De todas formas busqué algo que pudiera servirme de herramienta con la que atacar el techo. Fui al fondo del sótano y examiné los cajones de los destartados muebles que se amontonaban allí. No encontré nada útil.

Y sin embargo necesitábamos escapar de allí antes del amanecer. Frank necesitaba desesperadamente un médico. Yo tenía que ponerme a salvo antes de que las «protectoras» me llevaran al amanecer a Forest Lagoon, cuyo sólo nombre aliaba a pesar de no conocer tales parajes.

Buscaba entre las astillas y sacos viejos que cubrían el suelo, cuando aferré el hombro de Frank de un manotazo.

—¡Calla!

El muchacho tosía continuamente, pero hizo un esfuerzo por contener sus espasmos bronquiales.

Me incliné y apliqué mi oído al suelo.

Oí un fragor, cercano, como el que produciría una corriente de agua.

Excitado, comencé a apartar los muebles.

Frank, que mantenía el mechero encendido en su mano, me contemplaba con los ojos desorbitados, probablemente imaginaba el infeliz que yo acababa de volverme loco.

Se oyó un aullido de dolor y quedamos a oscuras.

—¿Qué ha pasado? —grité.

—Nada. Me he quemado los dedos. ¡El mechero está abrasando!

—Déjalo apagado un rato —barboté—. No tenemos prisa. O, mejor dicho: ¡Sí, maldita sea, tenemos toda la prisa del mundo! Pero me las arreglaré para trabajar a oscuras.

—¿Trabajar? ¿Qué clase de trabajo?

Le expliqué la situación y él comprendió.

En medio de la tinieblas, pues comencé a separar aquellos trastos. Me clavé astillas en los dedos, blasfemé entre dientes, jadeé y sudé.

De cuando en cuando me inclinaba sobre el suelo y pegaba una oreja al piso de cemento. ¡El rumor de agua corriente era cada vez más cercano y audible...!

Aparté con esfuerzo unos grandes cajones que contenían viejos libros apolillados y tres grandes cestos de mimbrres que contenían fundas para muebles y viejos cortinajes. No sentía ningún frío ahora. El ejercicio físico violento me mantenía caliente. Tanto que incluso sudaba.

—No te quedes ahí parado, Frank. Muévete. Eso permitirá que conserves un poco de calor —dije al joven

O'Larney

Obedeció a regañadientes. A oscuras, pues, comenzó a ayudarme a retirar los viejos e inservibles trastos.

Yo trabajaba febrilmente, ansioso por comprobar si teníamos o no una esperanza de escapar de aquella ratonera.

De pronto, mis manos palparon algo mucho más frío que el suelo.

—¡Enciende! —pedí a Frank.

Parcialmente oculta por el polvo y los residuos vimos una redonda tapa de alcantarilla.

La limpié con mis propias manos y la mostré a mi camarada, exultantes de júbilo. —¡He aquí el camino hacia la libertad! Escaparemos a través de las alcantarillas— exclamé, excitado.

Pero Frank arrojó mis esperanzas por el suelo.

—Esta finca está muy retirada de la ciudad. Calculo que estamos por lo menos a cincuenta kilómetros del más próximo núcleo urbano —dijo. Y tenía razón, según se demostraría más tarde—. En fin, estamos en el campo. Y en el campo no hay alcantarillado. Resoplé con fuerza.

—Quizá no haya una red de alcantarillado, pero puede haber una fosa séptica. ¡Sí, eso es! Esto parece un gran rancho, a juzgar por lo que pude ver desde mi celda. Necesitan evacuar las aguas residuales y deben contar con alcantarillas de gran diámetro. ¡Ya verás! Dame tu cinturón.

Era mi cinturón, pero para el caso tanto dada.

Pasé el extremo de la correa por la hendidura situada en el centro del disco metálico, me puse en cuclillas y tiré con todas mis

fuerzas.

La tapa estaba tan firmemente adherida a su muro que se mantenía inmovible.

—Ayúdame —pedí a Frank.

Y ambos tiramos al unísono de los extremos del cinturón.

Caímos de espaldas violentamente, pero la tapa de hierro rodó sobre el piso del sótano. Enseguida me asomé a la boca, una vaharada fétida de hedor a cloaca me golpeó el rostro.

La atarjea era de forma cilíndrica y descendía dos metros. Allá abajo, vimos correr una exigua corriente de aguas residuales.

—Dame el mechero. Voy a echar una ojeada —pedí a Frank.

El mechero abrasaba, pero me lo puse entre los dientes y descendí hasta el fondo. Encendí el mechero. Temí que se produjera una explosión de gas metano que suele formarse en las aguas en descomposición, pero por fortuna no sucedió así.

El conducto tenía unos cincuenta centímetros de anchura y mis hombros entraban con dificultad.

Tras hacer una prueba, dije a Frank:

—Quédate ahí. Voy a explorar la alcantarilla.

Introduje un brazo y avancé, reptando, unos tres metros.

Volví a encender el mechero y comprobé que el conducto se alargaba unos siete metros más.

Hedía en aquellas profundidades, pero no era el momento de mostrarse excesivamente escrupuloso. Por lo demás el aire era respirable. Percibí una leve corriente a través de tubo, lo que me convenció de que no moriríamos asfixiados allí. Desde donde me hallaba podía escuchar claramente el rumor del chorro de agua que caía en algún lugar oculto a mis ojos.

Seguí adelante, con cuidado. Podía caer a una profunda fosa séptica y perecer en unos pocos minutos en un mar de mierda.

Al fin llegué al final de la alcantarilla. Como yo había supuesto, las aguas residuales iban a parar a un pozo de unos cinco metros de profundidad. La fosa séptica tenía poco más de un metro de diámetro.

A la luz del mechero que abrasaba mis dedos, dirigí una mirada hacia lo alto.

Dos metros por encima de mi cabeza había una tapa de hormigón. ¿Cómo me las arreglaría para llegar arriba?

Las paredes del pozo estaban llenas de hendiduras de drenaje, donde podría aferrarme y sujetar mis pies. Probablemente yo llegaría arriba sin mayores dificultades, pero ¿lo conseguiría también Frank, enfermo y mucho menos musculoso que yo?

Retrocedí reculando.

Frank arrugó la nariz cuando me vio salir de la atarjea impregnado de aguas negras y malolientes.

—¿Qué? —murmuró.

Le expliqué la situación. Y luego dije:

—Para mayor seguridad, necesitaríamos una cuerda resistente de unos cuatro metros de longitud. Hay cortinas y trapos suficientes. Pongamos manos a la obra.

Tardamos algo más de media hora en confeccionar la cuerda que necesitábamos. Para ello cortamos delgadas tiras de cretona que anudamos entre sí hasta formar largas cuerdas. Luego trenzamos seis de ellas y anudamos los extremos. Resultó una sogá muy rudimentaria, pero resistente.

—Vamos, no perdamos tiempo —dije a Frank.

El muchacho tembló. Vacilaba.

—Pat

O'Googan

me dijo que le traía sin cuidado que murieras. De todas formas, ella piensa cobrar tu rescate. Piénsalo. ¿Te quedas o vienes?

—Voy —decidió—. Confío en usted, Paul.

—Buen chico. Ahora, sígueme.

Me descolgué hasta el fondo y me introduje en la alcantarilla. Frank me siguió enseguida. No encendí el mechero más que cuando oí muy próximo el rumor del chorro que se precipitaba al fondo de la fosa séptica. Temblaba con sólo imaginar que la carga de gas del mechero se acabase, porque entonces estaríamos perdidos.

Al llegar al final de la alcantarilla puse el mechero en la mano del joven y me até la cuerda a la cintura.

—Haz tú otro tanto —le indiqué.

Luego afirmé una mano en la hendidura más próxima y, encogido como un antropoide, comencé a escalar el pozo a la luz titilante del mechero.

Llegado arriba, afirmé bien dos pies y una mano y empujé la tapa de hormigón con los hombros.

¡Se movió! Un momento después lograba apartarla unos centímetros y un soplo de aire fresco y puro acarició mi rostro sudoroso.

Mis piernas temblaban, pero volví a afirmarme y empujé la losa de hormigón. Un momento más tarde estaba fuera.

Tiré de la cuerda y dije a Frank:

—Haz exactamente lo mismo que yo. No tengas miedo. No puedes caer al fondo del pozo, puesto que yo te sujeto.

¡Arriba!

Le temblaban los labios, pero me arrojó el mechero y yo tiré con fuerza de la soga. Al fin le aferré por un brazo y ambos nos dejamos caer al suelo y respiramos entrecortadamente.

—¡Lo hemos conseguido, Frank! Ahora alejémonos de aquí cuanto antes —susurré. Rodeamos una larga construcción que debía ser un establo, si se fiaba uno del olor a estiércol que llegaba a nuestra nariz.

La noche era clara y gélida. Caminamos a paso vivo, a campo través, alejándonos cada vez más de las luces que brillaban a lo lejos.

A las dos de la madrugada nos plantábamos firmemente en mitad de la carretera. Las luces de un vehículo se acercaban.

Y aguardamos allí, semidesnudos, agotados y desfallecidos, expuestos a que un loco nos aplastara.

Oímos el chirrido estridente de unos frenos. Un tráiler acababa de frenar en seco a pocos metros de distancia y su conductor barbotada imprecaciones con voz sorda.

Pero un momento después subíamos a la cabina del camión y nos alejábamos.

La pesadilla había terminado.

EPÍLOGO

A las seis de la mañana, Pat
O'Googan

se alzó del lecho que ocupaba en unión de su pupila preferida.

—Ve a avisar a las chicas, Kitty —dijo a aquella jovencita, apenas una adolescente—. Patty ya sabe lo que tiene que hacer.

Las luces comenzaron a encenderse en las numerosas habitaciones de la espaciosa hacienda.

Patty había reunido a cuatro de sus compañeras en el pasillo que conducía al sótano.

—No os fiéis. Falkney sabe lo que le aguarda y debe estar desesperado —advirtió—. Tú, Melody, coge la «Marietta». Si Falkney intenta resistirse, dispara a matar.

—Pero las instrucciones de Pat...

—Yo asumo la responsabilidad. Falkney es un hombre peligroso. ¿Preferirías morir estrangulada entre sus manos? Un tipo desesperado es capaz de cualquier cosa. ¿Estáis dispuestas?

Las «protectoras» asintieron con sendos gestos.

Descendieron silenciosas y se detuvieron ante la puerta metálica del sótano. Patty descorrió el cerrojo de seguridad milímetro a milímetro, de modo que no produjera el menor rumor.

Luego empujó la puerta con fuerza y las cinco mujeres penetraron en el sótano como una tromba.

La pelirroja Melody se sentía tan nerviosa que estuvo a punto de disparar la metralleta que empuñaba con manos inseguras.

—¡No... no están! ¡Han desaparecido!

Patty, lívida, dirigió el chorro de su linterna hacia el fondo de la amplia estancia.

—No nos confíemos —susurró—. Pueden haberse escondido tras esos viejos trastos.

Estad sobre aviso. Acerquémonos despacio.

—Pero, Patty, esos muebles no estaban ahí anoche, sino...

—¡Chiss! Calla.

Llegaron al fondo del sótano y contemplaron, absortas, el gran disco metálico de la tapa de la alcantarilla y la boca de la atarjea.

—¡Han escapado!

—¡Mierda! ¡Cuando Pat lo sepa...!

—¿Quién iba a suponer que debajo de toda esa porquería iba a haber una atarjea que sirviera de escapatoria a esos dos tipos? —se lamentó Patty.

Volvieron arriba a toda prisa. Llevaban el miedo en el cuerpo. Sabían que Pat era terrible cuando se sentía furiosa.

No se detuvieron a llamar a la puerta de la gran alcoba reservada a Pat y su favorita de tumo.

Encontraron a su jefe calzándose unas botas de montar. Vestía pantalones *breeches* y un chaquetón de cuero que aumentaba más, si cabe, su apariencia masculina.

—Pat, Falkney y el muchacho han...

—¿Quéeee?

—Han huido —terminó Patty, con un soplo de voz.

Pat se abalanzó sobre ella y comenzó a abofetearla con terrible violencia. Sus golpes eran tan contundentes como los de un hombre fornido y musculoso, de modo que en breves minutos Patty comenzó a arrojar caños de sangre por la nariz, la boca e incluso por los oídos.

Mientras golpeaba barbotaba obscenos insultos irreproducibles. Las otras cuatro jóvenes habían retrocedido asustadas.

Pat dejó de golpear a la muchacha rubia, que yacía en el suelo y se quejaba quejumbrosamente. Clavó sus llameantes ojos en el grupo y clamó:

—Decidme que es mentira. Decidme que Patty ha tratado de gastarme una broma estúpida. Convencedme de que Falkney y O'Larney siguen en el sótano.

Pero las muchachas, mudas de espanto, nada pudieron responder.

Entonces el marimacho arrebató la metralleta a Melody, tomó una fusta de encima de la cama y comenzó a golpearlas. Ni siquiera se quejaban. De espaldas, soportaban el doloroso castigo con el

estoicismo propio de los sojuzgados.

Pat arrojó el látigo cuando comenzó a mancharse de sangre.

Luego, paulatinamente fue recobrando su sangre fría habitual.

—Id a despertad a las demás. Luego ensillad los caballos. Falkney y el muchacho no han podido ir muy lejos. Es posible que aún se encuentren dentro de esta finca. Si es así, les daremos caza. ¡Moveos! —ordenó.

Tomó la metralleta, comprobó que el cargador estaba intacto y volvió a ajustarlo en su brocal.

Las jóvenes habían escapado a toda prisa de su alcoba. Pat se trasladó al salón y encendió la lumbre de la chimenea. Cuando las llamas hubieron prendido en los leños, abrió un gran mueble y sacó una botella de *brandy*, de la que se sirvió en una gran copa napoleón.

Sentada frente el fuego murmuró:

—Mi empresa no puede fallar ahora, ¡no precisamente ahora! He trabajado de firme durante treinta años, me he sacrificado, me he humillado dirigiendo sucios negocios de prostitución. Yo odiaba a los hombres que iban dejando sus dólares en mi caja, pero lo soportaba todo porque necesitaba su dinero para crear un imperio que me protegiera de ellos. Y ahora estoy a punto de culminar mi obra. Por eso no puedo permitir que un pequeño error arruine lo que he construido con tantos esfuerzos. ¡Ahora no! —gritó.

Y se puso en pie de un saltó y paseó, muy excitada, de un extremo a otro del gran salón.

Dos de sus chicas llegaron en aquel momento y se quedaron a respetable distancia de la mujer viriloide.

—Pat...

—¿Qué ocurre ahora? ¿Están los caballos ensillados?

—No hemos salido de este edificio. Hemos visto acercarse unos coches...

—¿Unos coches? —Pat entornó sus párpados y frunció sus espesas cejas—. ¿Qué coches?

—No lo sabemos. Varios coches. Más de seis. Se han detenido alrededor del rancho y han... apagado las luces.

Pat descargó un violento fustazo sobre el respaldo de un sillón.

—¡Cazadores furtivos, seguramente! —chilló, descompuesta—. Saldré y les haré saber que...

—Pat, nos ha parecido que esos automóviles eran de... de la policía —advirtió una de las chicas.

—¿La policía? ¡Imposible! Frank y Paul Falkney no han tenido tiempo de... —empezó a decir. Pero calló bruscamente cuando un chorro de luz cegador penetró a través de las ventanas.

Corrió hacia la ventana más próxima y tuvo que proteger sus ojos con ambas manos para evitar la fortísima luz que provenía de varios potentes focos situados a unos cincuenta metros de la edificación principal del rancho.

Se volvió lentamente hacia las jóvenes que iban acudiendo hacia el salón.

—Sí, es la policía —dijo fríamente.

En aquel momento acababa de tomar la decisión más trascendente de su vida.

—Ha debido esperar a que se hiciera de día —advirtió Paul Falkney.

Rubén Clapham se volvió hacia él.

—Sé bien lo que hago, Falkney. Es puro conocimiento de la psicología criminal. Durante la noche se sienten atrapados. De día se defenderían rabiosamente —respondió el policía.

—Haga lo que quiera, pero envíe un par de hombres a vigilar la fosa séptica próxima al establo: podrían huir por el mismo lugar que utilizamos Frank y yo —respondió Paul.

El teniente murmuró una imprecación entre dientes.

—¿Por qué no me lo advirtió antes?

Con toda la paciencia del mundo, Falkney respondió.

—Teniente, he pasado tres horas en su oficina, desmenuzando mi relato hasta quedar exhausto. Usted debió pensar en ello. *Puro conocimiento de la psicología criminal* —bromeó Paul.

Clapham envió a dos de sus hombres a vigilar la fosa séptica.

Entretanto, Maninway y Falkney bebían café caliente de un termo.

Eran las seis cuarenta de la mañana. Faltaba más de una hora para que amaneciera.

Clapham se acercó a ellos y dijo:

—Vamos a encender los focos. Tengan cuidado. Pónganse a cubierto.

Doce unidades de autopatrullas rodeaban el rancho. Todo estaba en silencio. Los policías apostados tras los coches, empuñaban sus rifles y metralletas. La tensión era palpable. De pronto se encendieron treinta focos, cuyos haces fueron a converger sobre el edificio principal del rancho.

Y luego resonó la voz de Clapham a través de los altavoces.

—¡Les habla el teniente Rubén Clapham, de la Sección de Homicidios! Les conminó a que abandonen el edificio. Salgan con los brazos en alto. No recibirán malos tratos y serán respetados sus derechos constitucionales. ¡Salgan enseguida!

Bruscamente, una metralleta comenzó a tabletear sonoramente y uno de los focos policiales se apagó. Se oyó el tintineo de los vidrios pulverizados.

Clapham retrocedió, furioso.

—Al parecer no están dispuestas a entregarse fácilmente —gruñó—. Tendré que dar orden a mis hombres para que respondan a la provocación.

Falkney le detuvo por un brazo.

—Reflexione, Clapham. La que ha disparado es la loca, Pat O'Googan

. Las demás probablemente estarán muertas de miedo. Téngalo en cuenta: muchas de esas muchachas pueden ser delincuentes. La mayoría son chicas equivocadas, que se han dejado atraer por el lujo y la sed de aventuras. Sea consecuente. Tenga paciencia.

—Está bien —asintió el policía—. Repetiré mi aviso.

Resonó nuevamente el altavoz. Clapham conminaba a entregarse a las personas que ocupaban las instalaciones del rancho.

A los pocos minutos llegó la respuesta, también a través de un potente altavoz. Era Pat

O'Googan

la que gritaba.

—¡Nadie saldrá de aquí! Vengan a por nosotros si tienen...

Transcurrieron lentamente unos minutos.

Desde el edificio principal no volvieron a disparar. Los policías aguardaban, tensos y expectantes.

Luego, súbitamente, surgió del edificio una llamarada rojiza al tiempo que se escuchaba una ensordecedora explosión.

La mitad del tejado saltó por los aires y el ala izquierda del

edificio se desgajó. A través del boquete y de las destrozadas ventanas surgieron, voraces, gigantescas llamaradas.

Pedruscos, ladrillos y fragmentos de construcción cayeron sobre los techos de los autopatrullas. Los policías se arrojaron al suelo bruscamente, para evitar ser alcanzados por los pedruscos que caían por doquier.

Se oyeron unos gritos estridentes. Varias jóvenes abandonaban el edificio, envueltas en llamas. Una de ella cayó al suelo y se revolcó en el césped, al tiempo que exhalaba chillidos infrahumanos. Otras cuatro lograron alcanzar la barrera policial y los agentes saltaron sobre ellas y las cubrieron con sus capotes.

Al amanecer, los edificios del rancho seguían ardiendo todavía. Una de las jóvenes «protectoras» acababa de confesar que Pat O'Googan

había abierto la espita general del depósito del gas propano, tras lo cual prendió fuego a la instalación.

—Quería que todas muriésemos con ella —murmuró la muchacha, estremecida de espanto.

Falkney sonrió tristemente. Su vaticinio se había cumplido: la perturbada Pat

O'Googan

no había vacilado a la hora de inmolar a las mismas jóvenes de las que se había servido. Llegaron las ambulancias y las unidades del servicio de bomberos. Pero Ted Maninway y Paul Falkney nada tenían que hacer allí ya.

Subieron al «Pontiac» del detective y se alejaron hacia la ciudad.

Tras un largo rato de silencio, Ted se volvió hacia su amigo y dijo:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Esta tarde asistiré al funeral por el alma de Nadine —respondió con tristeza.

—Yo también estaré allí. Pero no me refería a eso. Me refería a tus planes para el futuro.

Las facciones de Falkney se animaron un tanto.

—Volveré a la compañía

O'Larney

. Compréndelo, Ted: nunca sería un buen investigador privado. En cambio puedo ser un buen arquitecto-jefe. Esta noche, Franklyn

O'Larney

me vació su corazón. Me dijo que nunca podría pagarme lo que había hecho por él y por su hijo, pero que intentaría compensarme. Y me ofreció su amistad, además de un puesto relevante en sus empresas.

—Es un buen paso hacia adelante. Te lo has ganado a pulso.

—Sí —murmuró Paul, pensando en Nadine Desbrunes.

A las nueve de la mañana llegaban a la ciudad. Falkney pidió a Maninway que le dejara en las inmediaciones de Pryconceller Lane.

—¿Por qué? ¿Qué tienes que hacer allí?

—Saludar a una jovencita llamada Kate McKeller. Y darle la esperanzadora noticia de que a partir de hoy nadie les va a chupar la sangre. Además... ¡Qué diablos! Esa chica me gusta una barbaridad. Buenos días, Ted. —Buenos días, Paul— respondió Maninway.

Y se alejó Pryconceller Lane adelante. Kate McKeller se disponía a abrir su tienda en aquel momento.

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROSTAR DE NUEVO. LA CALVICIE SUPERADA.

**EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARSHALL, ENOMBRADO
BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.**



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Koberl Marshall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marshall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las

concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento

Al terminar el primer mes

Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marshall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que

vigoriza las raíces de los cabellos y estimulan activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n.º 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n.º 536. Santander (España)

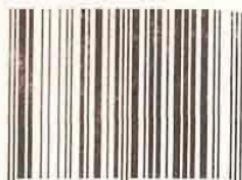
Nombre

Apellidos

Calle N.º Piso:

Población D. Postal

Provincia



9 788402 025203



01107

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Los agentes de la Policía Metropolitana USA suelen vestir uniforme azul. < <

[2] Especialidad irlandesa a base de nata fresca, café y *whisky* irlandés. < <